

figuradas, ó sea marcar el paso á compás. Estos ejercicios juntamente con los de brazos.

6.^o Ejercicios de salto.— Saltar con ambos pies, con uno solo, estando de puntillas, hácia adelante, hácia atrás, dando vueltas. Estos tambien á la par de los anteriores.

7.^o Ejercicios de carrera.— En filas, haciendo alto de repente y dando vueltas: trote, paso de carrera: correr á un blanco, por tiempos: alcanzarse mutuamente. Debe procurarse que mientras se corre se lleve la boca cerrada y los brazos caidos á los lados regularmente, y solo por excepcion se marcará otra postura de estos.

8.^o Ejercicios de suspension.— Colgarse de un pequeño caballete ó maroma tirante con ambos brazos, con uno, por el sobaco, por la sangría: movimientos de flexion: dar media y una vuelta de un lado á otro (Este ejercicio es muy conveniente con especialidad á los niños contrahechos y jorobados).

9.^o Ejercicios de ruedas.— Hacer rodar un aro ó una rueda pequeña hasta un blanco ó sin él (Juego de bolos).

10.^o Ejercicios de tiro.— Arrojar una pelota á lo lejos, á un blanco movable ó inmovible, con una y otra mano, hácia atrás, estando sobre un pie, corriendo, saltando, sentado ó echado (Juego de pelota).

11.^o Otros ejercicios de salto.— Saltos de longitud, elevacion y profundidad saltando un foso, una cuerda, con carrera ó sin ella: sobre ambos pies, sobre uno solo, hácia los lados y hácia atrás.

B. Curso de gimnasia para los jóvenes, ejecutable solo en un lugar provisto de todos los instrumentos necesarios al efecto.

La primera parte de este curso es la ampliacion del anterior.

12.^o Ejercicios de equilibrio sobre una viga, sobre el mástil de volteo, estando de pie, de cualquier modo, ó saltando: saltar sobre el mástil conservando inmediatamente el equilibrio. Balancear un palo ó junco en la mano, sobre un dedo, sobre la frente y la barba estando en un pie sobre el mástil; hacer lo propio con dos palos á la vez, uno en cada mano, y uno sobre otro.

13.^o Ejercicios de paralelas. — Sostenerse sobre las manos, flexion y extension de brazos subiendo y bajando el cuerpo: andar sobre las mismas alternativa y simultáneamente: marcha de codos id.: sentarse, saltar las paralelas á uno y otro lado: saltar desde el suelo á las mismas y quedar de pie derecho sobre ellas con un pie en cada una, con los demás ejercicios acostumbrados.

14.^o Ejercicios de trapecio. Además de los indicados en el número 8, quedarse suspendido del trapecio con un solo brazo, colgarse de un brazo y una pierna, de las corvas y las sangrías, subir por uno y otro lado y de frente, bajarse por entre los brazos dando una vuelta, sentarse con limpieza sobre el trapecio, cambiar la posicion de las manos, cogiendo el trapecio con dorsos adentro y afuera, &c.

15.^o Saltos artificiales. Saltar por un aro, salto de garrocha, saltar apoyándose sobre una

mano, apoyándose sobre los hombros de otro, salto de trecha, etc.

16. Lucha. — Tirar dos ó mas de una cuerda en opuestas direcciones, uno contra uno, ó grupos contra grupos: tirar asidos de las manos. Luchas puestos en cuclillas, carreras, arrojar lanzas, levantar y llevar pesos á porfia.

17. Ejercicios de trepar. — Subir por una cuerda mas ó menos gruesa con manos y pies, solamente con las manos, subir por las pértigas, por una de madera, por las pértigas de trepar, asiéndose con el pie y mano de un lado á la una, y con la mano y pie del lado opuesto á la otra.

A estos ejercicios se agregan los extraordinarios; como el ejercicio militar, los viajes á pie, la natacion, la esgrima y las carreras de patines (1).

En todos ellos se ha de procurar siempre no solo que se ejecuten con fuerza y destreza, sino tambien con limpieza y elegancia. Además es necesario adiestrar las extremidades superiores é inferiores de ambos lados igualmente, de suerte que todo lo que pueda ejecutarse con las dere-

(1) Conocidos en España los ejercicios gimnásticos y puestos hoy en práctica en algunos colegios y academias, hemos creido que no habia necesidad de estendernos mas acerca de ellos que el autor, quien se contenta con indicar ligeramente cierto número segun el método adoptado en general en las escuelas alemanas, que es con corta diferencia el mismo que se sigue entre nosotros.

N. del T.

chas, se ejecute tambien con la misma facilidad y destreza por las izquierdas. Los ejercicios algo peligrosos, como son el trepar, etc. no deberán proponerse hasta que los miembros tengan la bastante fuerza para ello, porque siempre se debe tener en cuenta que las fuerzas pueden faltar momentáneamente, ó bien romperse el instrumento sobre que se ejercen.

El traje para los ejercicios indicados debe ser ancho, y de un tegido fuerte y ligero, de suerte que no impida en lo mas mínimo la libre accion de los miembros.

Siendo el fin mas inmediato de estos ejercicios robustecer las fuerzas físicas y el mas remoto refrescar las del espíritu y darlas con esto tambien mayor energía para lo sucesivo, es necesario procurar que se tomen con celo por los niños, pues de lo contrario muy poco ó nada podrá conseguirse; para esto preciso es alejar toda afectacion y pedantería, así como tambien que el maestro despliegue el mayor interés acerca de este punto.

Los niños débiles, igualmente que los que hubieren entrado mas tarde, no deben ser incitados á ejecutar mas de lo que permiten sus fuerzas.

El baile no podemos enumerarlo entre los ejercicios gimnásticos, toda vez que está tan generalizado entre todas las clases y considerado como una mera diversion. Y aunque es verdad que es muy provechoso al cuerpo, sin embargo, todo lo que gana este al aprender á bailar, se pierde luego con la aficion que incita á ejecutarlo de continuo, lo cual le daña. Sin embar-

go, acaso no sería imposible ennoblecerlo limitando prudentemente su ejercicio, determinando sus clases y considerándolo como ramo de gimnasia, alejándolo así de la voluptuosa esfera del placer. Mas, antes que esto suceda, necesario es aconsejar á los padres y maestros que miren el baile como una de las mas peligrosas ocasiones de acelerar prematuramente el deseo de goces y placeres sensuales, y que por lo tanto solo deben permitir á sus hijos ó discípulos que tomen parte en tales diversiones en casos muy raros y en circunstancias de que no se pueda prescindir. Los bailes de los niños, así como otros muchos abortos del lujo y de la relajacion de costumbres, solo pueden defenderse colocándose en un terreno sensual; el hombre razonable no necesita de advertencia alguna acerca de semejantes locuras.

§. XIII.

DE LOS EJERCICIOS DE LOS SENTIDOS.

El cuidado de perfeccionar el desarrollo de los sentidos es una de las tareas mas importantes de la educacion, si se atiende á que estos órganos son los canales de comunicacion entre el mundo externo y el interno, ó sea el espíritu del hombre, y por lo tanto los mas nobles del cuerpo humano. Así que, el educador deberá procurar con sumo esmero, no solo preservarlos en cuanto de él dependa de toda clase de le-

siones ó enfermedades, mas tambien dirigir su actividad de tal manera, que cada vez vayan haciéndose mas finos y sutiles para el servicio de la razon. Es verdad que aun sin el cuidado indicado se verifica su desarrollo insensiblemente y hasta su complemento; pero tambien lo es que este unas veces no es tan completo como sería de desear, que otras se deja pasar el tiempo en que pudieran refinarse convenientemente, que otras se fortalecen tan solo para la actualidad y no para el porvenir, y por último, que otras se desarrollan para ser órganos de deseos inmorales, lo cual es mas frecuente todavía. Todos estos males puede precaverlos con oportunidad una educacion racional. Un régimen dietético conveniente, la pureza y frescura de la atmósfera, su moderada temperatura, y la limpieza y el aseo, son otras tantas cosas que influyen de una manera directa en los sentidos fomentando su armónico y perfecto desarrollo; porque al paso que las irritaciones violentas y permanentes los debilitan, las influencias moderadas y periódicas los fortalecen. Pero existe una diferencia esencial entre los sentidos en general, á mas de su diversidad peculiar. En efecto: los sentidos se dividen en superiores, como son la vista y el oído, y en inferiores, que son el tacto, el olfato y el gusto. Los primeros pueden perderse enteramente y aun faltar desde el nacimiento; los segundos como esenciales por su naturaleza al organismo, jamás faltan originariamente, si se exceptua el olfato en algunos casos, y solo se pierden á consecuencia de una gran debilidad ó flojedad del sistema nervioso. Estos últimos tam-

poco son capaces de una graduacion tan positiva y determinada como los primeros, y mas bien fuera de desear su embotamiento en la mayor parte de los casos, que su perfeccion ó refinamiento. Así es, que se deberá promover tan sólo el desarrollo de los superiores, aumentando su actividad en lo posible, al paso que se procurará limitar la de los inferiores. Vamos, pues, á examinarlos separadamente.

A. LA VISTA. — Desde el nacimiento del niño se debe preservar su vista de la luz demasiado fuerte, y aun despues siempre será bueno evitar el reflejo de los espejos, de los cuerpos muy blancos, etc.; tampoco deberá trabajar al sol, pues esto cansa mucho los ojos: todavía se deberá evitar con mas cuidado el cambio repentino de la luz á la oscuridad y vice versa, lo cual es mucho mas perjudicial que nada á la vista, como se puede notar en el mayor cansancio que resulta de leer, por ejemplo, paseándose al mismo tiempo á pie ó en coche. Asimismo perjudica á este sentido mirar al sol de frente, y las luces artificiales sin pantalla. — Las ocupaciones que mas cansan la vista son la lectura, el dibujo, y el coser y bordar, por cuya razon siempre deben ser moderadas. Tampoco se deberia permitir jamás que los niños continuaran en dichas ocupaciones en los crepúsculos, ni cuando la luz, sea cualquiera, es muy débil, y mucho menos cuando son muy pequeños, porque sus ojos en tal edad son mas delicados y sensibles que luego mas tarde. En estas ocupaciones claro es que influye muchísimo el carácter de letra y la clase de costura ó borda-

do; por esta razon no se debia permitir sino en casos de suma necesidad la lectura de libros con caractéres muy pequeños, ni las costuras muy delicadas. La salud de este órgano es tan importante, que nunca podrá el educador cuidar de ella lo bastante. Si se cansa la vista demasiado en la infancia, se acorta extraordinariamente y hasta puede llegar á faltar en adelante. Es verdad que lo primero puede remediarse usando anteojos á propósito; pero esto nunca es tan bueno como tener los ojos sanos. Por lo tanto se debe evitar con sumo esmero todo aquello que pueda debilitarlos, lo cual no ofrece inconveniente alguno á las clases acomodadas, á no ser que se quiera acumular todos los trabajos en un período dado. Con respecto á las clases pobres solo podemos decir, que en ellas la necesidad impide frecuentemente la precaucion.

La vista se puede ejercitar por medio de la variedad de objetos, por su mayor ó menor proximidad y por las variedades de colores. Esto da lugar al desarrollo de la facultad de comprension, ó sea el entendimiento, porque cada impresion que recibe por medio de este órgano, siendo varia y distinta, obliga al entendimiento á comparar y buscar la analogía y razon de diferencia que existe entre todos los objetos que se presentan ante ella. Pero no se crea por esto que es suficiente que el niño mire tan solo, sino que es necesario además fijar una ocupacion determinada para este sentido, haciendo que aprenda á contemplar y observar, lo que se conseguirá siempre que el educador se detenga bastante en cada contemplacion que ofrece á

la consideracion de aquel, y hable mucho sobre ella. La enseñanza de contemplacion en las escuelas puede muy bien suplir estas conversaciones inmediatas, aunque siempre es mas ventajoso que desde luego se principie á conversar con el niño sobre las contemplaciones que tiene, por los padres, niñeras ú otras personas; porque solo por medio del lenguaje se puede conseguir fijarlas y hacerlas permanentes. Una doctrina de contemplaciones fundada en el conocimiento del alma humana y de las circunstancias exteriores, que la considerara desde su nacimiento hasta su completa perfeccion, sería una obra excelente para el desarrollo de los sentidos. Así podria el niño contemplar detenidamente el color, la figura y las partes de todos los objetos que se presentaran á su vista, los oiria llamar y repetiria su nombre, aunque siempre sería muy conveniente no entrar en todos sus detalles ó particularidades, sino solo hablar de la respectiva individualidad del todo, que es lo que resalta de pronto al primer golpe de vista. Pero en esto podria convenir mas una repeticion frecuente que un progreso rápido, porque así se conseguiria fijar las contemplaciones y hacer que se rectificasen las inexactitudes. Tambien podrian muy bien atraerse á la esfera de la vista los demás sentidos que fuera posible á la vez, para que se ejercitaran al mismo tiempo; así, por ejemplo, se puede ejercitar el gusto y el olfato al par de la vista en muchos objetos que ya han sido comprendidos por ella, como tambien el sentimiento de la calidad de la materia. Otra de las cosas que se deben

procurar es la agudeza y refinamiento de este sentido, de suerte que pueda comprender con facilidad todos los objetos aunque sea á larga distancia. Esto se puede conseguir presentando á lo lejos objetos ya conocidos de antemano, pues supliendo la imaginacion la falta de vista en las grandes distancias, de donde resultan por lo comun no pocas equivocaciones, se pueden evitar por un ejercicio frecuente. Casi todos estos ejercicios deberian practicarse en el campo, ó bien por medios artificiales, cuando esto no fuese posible.

En la época de la juventud podrá cooperar muy eficazmente al fin indicado la enseñanza de ciencias naturales. Las excursiones botánicas y mineralógicas, por ejemplo, pueden servir de mucho al desarrollo de la vista, y aun mas especialmente y de mayor utilidad podrian ser las observaciones zoológicas, estudiando prácticamente el organismo de la vida de los animales, con lo que se refina mas dicho órgano, que cogiendo simplemente insectos y mariposas. Tambien en dicha época puede con tribuir al mismo fin la enseñanza del dibujo dirigida acertadamente y con moderacion, y mucho mas si se procura con especialidad darle una direccion estética, ó sea el hacer de modo que el educando adquiriera una gran facilidad en distinguir la fealdad de la belleza. Otra de las cosas que se deben procurar es la perspicacia de este sentido, de forma que pueda hacerse cargo de cualquier objeto al primer golpe de vista. El alma necesita siempre algun tiempo para comprender las imágenes reflejadas en la vista; y

como que depende de la atencion y del ejercicio de este órgano la mayor ó menos velocidad con que puedan sucederse las contemplaciones sueltas, claro es que la comprension será tanto mas rápida y se podrán fijar mejor las percepciones, cuanto mayor sea su perspicacia. No se quiere decir con esto que desde un principio se deba procurar que las percepciones se sucedan con mucha rapidez; al contrario, se debe cuidar que el niño al principio se detenga lo suficiente para comprender con exactitud cada percepcion; pero sí que es necesario irlos acostumbrando poco á poco á una serie mas veloz. Con este objeto se deberán practicar ciertos ejercicios especiales: el niño no solo debe comprender perfectamente cualquier objeto que se presenta á su vista estando parado, sino tambien andando, corriendo y saltando; debe conocer, contar y describir aun aquellos que pasan por delante de él con suma velocidad, como los pájaros cuando van volando, v. gr. Por último, tambien es necesario acostumbrar dicho órgano á la medicion por cálculo, ó sea simplemente con la vista. Al efecto se deberán proponer al principio con mucha frecuencia ciertas contemplaciones normales que puedan servir de medida en lo sucesivo, y despues de cada repeticion del ejercicio enunciado, se deberá proceder al examen matemático del objeto ú objetos medidos á ojo, y á explicar y rectificar en su consecuencia el error que se pueda haber cometido. Muchos de estos ejercicios pueden combinarse con la enseñanza de la geometría; pero siempre deberán comenzarse desde muy temprano y con mas frecuencia que

se verifican en las escuelas. En el primer término se podrán limitar á la simple comparacion diferencial entre dos ó mas objetos de diverso volumen y peso, y despues podrán extenderse progresivamente á determinar con exactitud la diferencia, sirviéndose para esto de medidas naturales al principio, como son el brazo, el palmo ó el pie del niño, y solo mas tarde se emplearán las medidas artificiales. La prontitud de estas determinaciones es otra de las cosas á que se debe procurar acostumbrarlos, lo que se conseguirá marcando el número de repeticiones de accion que deben verificarse en un tiempo dado, si dos ó mas cuerpos que caminan en direcciones encontradas han de chocar ó no. Estos ejercicios además es necesario hacerlos aparecer como de recreo y aun convertirlos en juegos, para lo cual sirve tambien de mucho la gimnasia.

B. EL OIDO. — Este órgano puede preservarse de toda clase de lesiones mucho mas fácilmente que el anterior, siempre que se procuren evitar las detonaciones estrepitosas que producen violentos sacudimientos en el tímpano, y mucho mas su frecuente repeticion, y si se tiene cuidado además de la limpieza de los conductos auditivos externos. Por lo demás, cualesquiera afecciones patológicas que puedan acarrear la sordera, ú otro cualquier impedimento accidental de dicho órgano, claro es que deben ser tratados por los médicos. Su desarrollo se puede promover por ejercicios naturales y tambien artificiales, revestidos con el carácter de juegos, porque este es el medio mas á propósito de que tengan buena acogida en el niño. De-

be principiarse por hacerle que distinga la voz de diferentes personas, aun en medio de una multitud de voces humanas, y tambien las de los animales, ya de cerca, ya á larga distancia. Sucesivamente se le hará que determine la direccion y distancia de diferentes sonidos con los ojos vendados. Mas tarde será muy conducente para la perfeccion del desarrollo del órgano que nos ocupa, la enseñanza de la música, aunque todavía sería mucho mejor que precediera á ella la contemplacion de los diferentes tonos que constituyen este idioma universal, porque los niños desde muy pequeños distinguen naturalmente qué tono es mas bajo, y cuál mas alto, así como tambien su mayor ó menor duracion. Pero lo que se debe procurar sobre todo en estos ejercicios es que todos sean practicados á compás, lo cual corresponde igualmente al sentido del tacto que al del oido. Las canciones con que se suele arrullar á los niños son una preparacion al efecto. Muy pronto comienzan estos á hablar á compás, y mas tarde á andar tambien lo mismo. Lo primero se convierte despues en canto y lo segundo en baile. Todo el órden de los juegos debe estribar en esto; en la escuela, lo mismo que en la plaza de gimnasia que en todas partes, se debe dirigir á los niños á compás. Pero el unísono deberá ser reemplazado progresivamente por el compuesto, variado y suave; entonces se debe reunir á él la melodía y armonía, y un ritmo mas libre dominará la lengua y todos los movimientos. Todos los ejercicios por consiguiente deben hacerse con arreglo á esta senda de desarrollo. Al principio las

personas mayores deben marcar el compás, y los niños arreglarse á él; despues solo ayudarles, y por último, acostumbrarlos á que ellos de por sí lo marquen y se arreglen á él. Por consiguiente, debemos añadir, que es esencial á este último ejercicio que se practique en sociedad, esto es, por muchos niños á la vez, si se ha de conseguir que se habitúen á él con facilidad; y que son necesarios además los ejercicios declamatorios unidos á los musicales, si se ha de acostumbrar el oido á lo bello, porque de lo contrario, quedando inculto este órgano, se deja seducir fácilmente por las exageraciones.

C. EL TACTO. — Este sentido tambien debe principiarse á cultivar desde muy temprano con el objeto de perfeccionar las contemplaciones de la vista. Esto se puede ejecutar en los juegos, haciendo que el niño conozca simplemente por el tacto cualesquier objetos. Pero no se crea que al prescribir como necesario el refinamiento de este sentido en general, se quiere decir que porque pueda adquirir una tal delicadeza se deba afeminar; nada menos que eso. Semejante extremo lo debe evitar cuidadosamente el pedagogo, procurando por el contrario que el niño aprenda á sufrir sin quejarse lo mismo el frio riguroso que el calor excesivo y cualquier otro cambio de temperatura. Debe acostumbrársele á dormir en un lecho duro tan bien como en uno mas regalado, á andar con zapatos pesados, á llevar cargas, á asir sin dificultad cosas ásperas, en una palabra, se le debe acostumbrar á sufrir cualquiera clase de in-

*

comodidades; porque una sensibilidad tan exquisita que raye en extremada, es siempre un gran trabajo para el hombre de cualquier estado, que no produce en cambio utilidad alguna. Los procedimientos, pues, deben dirigirse progresiva y gradualmente á fortalecer y refinar á la vez este sentido, para que así se aumente al propio tiempo la energía de la razon sobre el individuo, ó sea el dominio sobre sí mismo. Porque si no, el dolor ó incomodidad física por una parte, la afeccion que esto ocasiona al espíritu por otra, y la fantasía y el egoismo aumentarán indudablemente todas las impresiones desagradables, y se les dará por consiguiente un valor mucho mayor que el que tienen en realidad; así como, por el contrario, el valor, pero mas comunmente la vanidad y la terquedad, hacen que se aguante con serenidad aun el dolor mas fuerte. Es verdad que en el dia no tenemos una necesidad de hacernos espartanos por estos ejercicios; pero tambien lo es que no puede menos de ser muy apetecible en la actualidad una variacion de las costumbres en el sentido indicado, lo que solo se puede conseguir preparando el camino convenientemente por la educacion.

El educador debe procurar sobre todo granjearse la voluntad de los niños en la plaza de gimnasia. Hágase valer entre ellos como punto de honor el sufrimiento de un dolor cualquiera, y evítese la excesiva compasion por pequeñeces que no valgan la pena. Prohíbanse los lamentos y quejas siempre que no procedan de muy justa causa, y aun si es menester, cas-

tíguese al niño que llóre sin motivo, porque si el llanto carece de fundamento, es muy prudente dárselo para que no vierta en balde las lágrimas. Procediendo segun estas bases, se endurecerá el sentimiento á no dudarle y se sujetará al dominio de la razon cada vez mas, y entonces despreciará el niño los peligros imaginarios, y podrá fácilmente combatir los efectivos. No hay necesidad de advertir que los procedimientos especiales que se adopten para robustecer la sensibilidad segun lo expuesto, no deberán ser tan extremados que puedan embotar el sentimiento, y que con la insensibilidad del cuerpo se acarree la del espíritu.

D. EL OLFATO. — El cultivo de este sentido, como de poca importancia que es en el uso práctico, parece que puede descuidarse. Sin embargo, si atendemos por un lado á que es el órgano de una clase de impresiones que sin él nos serían desconocidas, y que por lo tanto sirve para enriquecer la facultad de representacion, y por otro á que su refinamiento produce ventajas innegables, como se pueden señalar, no se incurrirá en el error de abandonarlo. En efecto: por el olfato se enseña á los niños á distinguir los gases nocivos del aire atmosférico y á evitar la percepcion de exhalaciones de mala calidad, con lo que se preserva la salud de varios males y tambien gana la limpieza. Se debe procurar que los niños prefieran los olores suaves á los fuertes y narcóticos, y enseñarles á conocer por el olfato las plantas venenosas. Pero siempre se debe tambien cuidar de evitar toda exageracion en esto, porque muchas veces

no se puede prescindir de tener que sufrir malos olores.

E. EL GUSTO. — Aunque no se puede negar que el cultivo de este sentido podría reportar muchas ventajas, el peligro sin embargo de ocasionar un hábito perjudicial por su refinamiento es demasiado grande, para que el pedagogo no deba preferir abandonarlo á su desarrollo natural en vez de promoverlo, y antes bien debe tener sumo cuidado de refrenar hábilmente los deseos que despierta. Porque á la verdad, con su refinamiento y delicadeza necesariamente se aumenta la golosina, originándose de aquí las malas costumbres del niño. Así que, si se quiere libertar á este órgano de ser esclavo de la inmoral sensualidad y hacerle solo dependiente de la razon, es necesario procurar endurecerle convenientemente lo mismo que el anterior. El medio mas á propósito que se puede emplear para que el niño no se deje seducir por los placeres del paladar, es recurrir á su valor y pundonor, poniéndolos en contraposicion con sus apetitos. Además, siempre se deberá dar muy poca estimacion á los atractivos del gusto, y hasta declarar como indecente el hablar de tales cosas. El que una vez se ha acostumbrado á la frugalidad resiste mas fácilmente á la seducción, que aquel cuya fantasía se ocupa en falsos goces. Lo mas absurdo que se puede hacer es recompensar á los niños con golllerías, ó prometérselas de antemano para estimularlos á hacer esta ó la otra cosa, y aun tal vez á ser obedientes. Si los padres tienen la flaqueza de estimar en mucho una mesa re-

galada, deberian al menos comer separados de sus hijos para no pervertirlos, como tambien guardarse de ellos para otras muchas cosas, y de ninguna manera dar un valor inmerecido y alabar su opípara mesa, ó ponderar tal ó cual delicadeza de platos. Mas comun todavía y no menos absurdo por cierto es la vergüenza que tienen muchas gentes de su mesa sencilla y pobre. Con semejantes ejemplos no es de extrañar que los niños aprendan y lleguen á preferir los goces sensuales á los del espíritu.

§. XIV.

DEL CULTIVO DE LOS SENTIMIENTOS.

Como los sentimientos se originan en el hombre mas independientemente de la voluntad que las representaciones, es una tarea sumamente árdua y difícil dirigir hábilmente las disposiciones que para ellos tiene el niño, confortándolos ó debilitándolos segun estas de un modo conveniente. Esta dificultad se aumenta mas todavía por la circunstancia de que las personas que cooperan á la educacion ejercen un gran influjo en el nacimiento y desarrollo de los sentimientos, mucho mayor sin duda que el que pueden ejercer en el de las representaciones, y que es imposible inspeccionar. Y sin embargo, los gérmenes de las acciones se deben buscar en los sentimientos por la mayor parte; y es indudable que se pueden concebir mas esperanzas de la capacidad moral de un hombre de sanos sentimientos, que de otro que en vez de es-

to tenga las disposiciones mas brillantes de la facultad de representacion. Por esta razon los educadores concienzudos deberian obrar precisamente en este punto con la mayor circunspeccion, y tratar de fomentar ó suprimir los sentimientos desde muy temprano, segun que fuesen buenos ó malos.

Los sentimientos se excitan por medio de nociones sensuales, ó por percepciones, ó por comunicaciones de la razon; así es, que deben fortalecerse por las mismas fuentes. El ejercicio los aumenta, pero no tanto como las fuerzas de las representaciones, y muchas veces puede tambien embotarlos si su repeticion es frecuente. Los sentimientos suaves son los únicos capaces de una actividad continua; los enérgicos caen pronto en un estado de reposo é indiferencia. Por tanto, no se deberá promover su actividad sino de cuando en cuando, si se quiere evitar su embotamiento y aun un mal corporal; mas si, por el contrario, la interrupcion de su ejercicio dura demasiado tiempo, se debilitan y mueren por último por falta de alimento. Los sentimientos cuya actividad no se puede promover directamente, pueden sin embargo mantenerse mediatamente por otros afines, así como, al contrario, se pueden suprimir con facilidad los malos por la excitacion de otros opuestos. Como los sentimientos no son comunicados de lo exterior, sino solo excitados por las percepciones externas, su desarrollo es mas independiente del espíritu que el de la facultad de representacion; por eso es que se deben mas bien abandonar á la naturaleza, y solo reprimirlos ó exci-

tarlos prudentemente por el arte ; pues si se obliga al educando á la manifestacion de sentimientos que en realidad no existen , esto equivale á hacerle hipócrita y á comunicar cierta falsedad á todo su carácter , así como por el contrario , obligándole á la completa supresion de las manifestaciones exteriores de los que le son naturales , fácilmente se vician los verdaderos. Sin embargo , la razon debe siempre dominarlos cuando excedan los límites de la justicia y conveniencia. Así que , la mas importante tarea de la educacion en este punto , consiste en acostumbrar los sentimientos á someterse á los preceptos de la razon.

Los sentimientos son tanto mas vivos , cuanto mas eficaces son las nociones , percepciones y demás influencias á que deben su origen ; por consiguiente , se debe procurar robustecer las fuentes de que proceden , si son buenos. Así pues , para que en un niño sea muy vivo el sentimiento de gratitud , v. gr. , es indispensable cuidar de que sean dignas de ella las acciones que han de excitar este sentimiento , y además es necesario repetirlas con frecuencia para que no decaiga su energía , lo que influye al mismo tiempo en su mayor duracion. Sin embargo , para conseguir esto último es necesario tambien evitar toda distraccion del educando , porque solo así puede echar profundas raíces un sentimiento en el corazon del niño. El que hace cambiar de sentimientos con frecuencia , destruye su eficacia , por mas que este sea el resultado mas apetecible respecto á los perniciosos.

Los sentimientos sensuales , aunque es ver-

dad que sirven á no dudarle para hermostear nuestra alma, tambien lo es que se los debe circunscribir dentro de cierta esfera de actividad tal, que jamás degeneren en apetitos dominantes. La necesidad de templar hábilmente su accion se aumenta todavía mas, si se atiende á que, mezclándose insensiblemente entre los impulsos de todas las acciones, hacen inseguro el valor moral de estos últimos. Lo que hemos dicho arriba respecto á la irritacion del paladar; debe entenderse tambien respecto á la vista y al oido. En una palabra: es indispensable tener á raya los sentimientos voluptuosos, si no han de ser el fundamento de inclinaciones peligrosas. Por esto es que solo deberá permitirse su accion en la proporcion conveniente para conservar la alegría y buenos deseos del niño, procurando evitar cuidadosamente su degeneracion en un arrobamiento que le haga olvidar el porvenir por el momento y anteponer el goce al cumplimiento del deber, lo cual lleva además en pos de sí el arrepentimiento y el mal humor. Es innegable que la alegría es un sentimiento hermoso; pero como que puede originarse con igual facilidad de una causa moral que sensual, claro es que se deberá preferir la primera en todas las circunstancias. Es, pues, muy reprehensible la conducta de muchos adultos que no saben alegrar á los niños sino por medio de goces sensuales, como son las golosinas, y tambien los sonidos agudos. Procediendo así, bien pronto se acostumbran los niños á tales entretenimientos, que llegan muy luego á perder para ellos todo su atractivo; el deseo de nuevos goces es cada

vez mas fuerte , y como que estos no pueden satisfacer la progresion en que crece el deseo , el fastidio y el mal humor vienen reemplazando á la alegría en breve tiempo. Y es indudable que si se hubieran buscado móviles permanentes para excitarla , si se hubiera procurado aumentar la actividad del niño para que él de por sí se buscara su contento , las fuentes de este sentimiento no se habrian agotado tan pronto. La educacion por lo tanto debe limitar su accion á excitar moderadamente la alegría ó jovialidad natural en los niños , haciendo de modo que estos sentimientos propios de la infancia estén en una actividad continua , pero sin provocar jamás su exceso. La sonrisa es mucho mas hermosa que la violenta carcajada , lo que llega hasta ser indecente cuando se hace costumbre. Los grados extremados de alegría solo deben permitirse en casos muy excepcionales ; pero nunca formar la regla general. Los medios mas seguros para hacer adquirir al niño la tranquila jovialidad indicada , son : 1.º endurecimiento corporal para sufrir el dolor ; 2.º cultivo de la alegría natural sin producir irritaciones artificiales ; 3.º cuidar de moderarla desde el momento en que se note va á extralimitarse ; y 4.º la alternativa de trabajos y juegos. El afan constante de alegrar al niño , lo mismo que el proporcionarle la satisfaccion de todos los goces que appetite , de ninguna manera conduce al fin que se desea. Déjese á los niños buscar naturalmente su contento , y se habrá hecho bastante con facilitarles esta adquisicion ; pero téngase siempre el mayor cuidado en prevenir oportunamente

su desbordamiento. Una palabra sería dicha á tiempo, el encargo de conservar moderacion cuando va á extralimitarse la alegría, les harán volver en sí bien pronto; si esto no se previene, una vez dada rienda suelta al sentimiento, ni aun los mas severos castigos bastarán á contenerlo.

Lo mismo se puede decir respecto al *dolor sensual*; siempre debe circunscribirse á los límites que prescribe la razon. La educacion por lo tanto debe impedir la expresion exagerada del sentimiento corporal, así como la continua y profunda afliccion. Debe hacerse de manera, que el niño pueda disimular hasta cierto punto cualquier dolor, y con tanta mayor facilidad, cuanto sea mas sensual y cuando él mismo se lo ha acarreado. Esto no costaria mucho trabajo á los niños, á no ser por la compasion inoportuna que inspiran sus padecimientos por lo comun á las personas que los rodean, y por los consuelos que en su consecuencia se les prodigan, con lo que solo se consigue que aquellos encuentren cierto placer en llorar y gritar para ser consolados. Así que, si se observa en muchos niños la perversa costumbre de llorar á gritos, en general se puede decir que proviene de un falso tratamiento. En efecto: el llanto en su principio no es mas que la expresion de querer algo; pero la excesiva ternura de las madres por lo comun lo consideran sin excepcion alguna como la expresion del dolor, que se hace proceder de todas las causas imaginables. En su consecuencia se acude prontamente en su auxilio y se les procura acallar por todos los medios posibles; esto les gusta

como no puede menos, y continúan gritando sin cesar para que se los entretenga y acaricie, en una palabra, para hacer su voluntad. Si las madres tuvieran el valor necesario para oír su llanto sin hacer caso de él, bien pronto se cansarian de llorar, y ó se dormirian, ó dirigirian su atencion hácia otro objeto. Pero esto no sucede así, y por eso es preciso insistir en que no se debe nunca permitir que llegue el caso de un extremado llanto, y cuando mas solo se deberá tratar de desviarlos del objeto que le ocasiona, para evitar que aquel se convierta en exaltacion. Pero si fuese bien manifiesto que el origen del llanto era simplemente el capricho, entonces se le debe procurar dar algun fundamento verdadero por medio de un castigo corporal conveniente; esto es muy fácil, pues apenas habrá una persona que no sepa distinguir el llanto que proviene de un dolor verdadero, del que no tiene otro fundamento que la irritacion ó el encolerizamiento. De todos modos, siempre será una gran falta de educacion, que es muy comun por cierto, que los niños ya algo crecidos tengan una costumbre tan fea; y por eso sería muy de desear que para evitar por lo menos que de ahí resultara la violencia de carácter y el egoismo, se emplearan, ya los castigos, ya el desprecio, de una manera consecuente. Tambien se deberá evitar que el dolor corporal degeneren en una afliccion continua ó melancolía, toda vez que siendo semejante estado antinatural en los niños, si no indica una enfermedad corporal, es á no dudarlo una manifestacion inequívoca del mal giro que va tomando el desarrollo del espí-

ritu, lo que es mucho peor todavía. Por esto es que nunca se deberá permitir que el niño esté mustio, para lo cual será muy conveniente procurar distraerle por una variacion de ocupacion ó trabajo. Y si este estado tiene lugar á consecuencia de haber recibido un castigo, es evidente que el niño va tomando cierta direccion altanera y soberbia, en cuyo caso solo se podrá evitar el mal por la consecuencia en el castigo y por la benévola reconciliacion despues que haya expiado la falta que diera lugar á tal extremo. La susceptibilidad excesiva del niño en el trato con los demás, la propension á llevarlo todo á mal, la aversion á los placeres sociales y el enfado de resultas de haberle salido mal un ensayo sobre cualquiera cosa, ó la esperanza frustrada, no se pueden remediar con el castigo ni la reprension, sino únicamente haciéndole conocer la necesidad en que se halla constituido de sujetarse á las circunstancias que le rodean. El educador en tales casos no debe hablar mucho, ni menos permitir que hable el niño, sino solo desentenderse de sus quejas como insignificantes. Sin embargo, hay niños de ánimo tan delicado, que á veces es necesario mitigar su dolor, que degenera en lamentos. Pero en semejantes casos no son por lo comun impresiones sensuales las que han aumentado tanto el sentimiento, y el dolor por consiguiente es de una naturaleza mas noble; pues entonces se le debe apreciar debidamente y, lejos de interrumpirle, se tratará de mitigar, manifestando el interés que su afliccion inspira.

Los sentimientos morales por lo general se

tocan, digámoslo así, con los sensuales y fácilmente se confunden los unos con los otros. El miedo, por ejemplo, es un sentimiento desagradable que debe su origen á la representacion de un mal que nos amenaza, y que quisieramos evitar. Pues bien: si el mal que amenaza es sensual, se debe oponer el endurecimiento, y si imaginario, la verdad. Pero si, por el contrario, procede de un temor moral, solo nos resta darle una buena direccion. Así que, se debe acostumar al niño á evitar el dolor por sus acciones, y á resignarse con serenidad á sufrir lo inevitable.

La *precaucion* y la *modestia* son virtudes que hasta cierto punto están fundadas en el miedo, pero solo en un grado muy pequeño, en que la razon todavía dirige el sentimiento. Fuera de estos casos y otros semejantes, el miedo no sirve mas que para debilitar al hombre, y es indigno de él por lo tanto; hé aquí la razon por qué la educacion debe oponerse al desarrollo de tal sentimiento.

La *timidez*, ó sea la costumbre de dejarse dominar del miedo, puede precaverse fácilmente siempre que se procure evitar desde un principio todo lo que pueda amedrentar al niño; pero si á pesar de esto existiere, el procedimiento está reducido á darle á conocer poco á poco el objeto que lo ocasionaba, con lo que se conseguirán destruir las exageraciones de la fantasía. La contemplacion detenida, la experiencia y la costumbre de reflexionar sobre la causa y el efecto de cada aparicion preservarán al niño en lo sucesivo de la timidez, y mucho

mas si á esto se agrega el buen ejemplo que pueden darle los adultos que le rodean. Tambien puede cooperar en gran parte al fin indicado el ejercicio de las fuerzas físicas, pues es indudable que mientras mayor es su robustez, tanto mas confianza inspiran, y disminuyen por consiguiente la timidez. Por lo demás, las pruebas de valor deben hacerse con suma precaucion, pues si salen mal, aumentan necesariamente el mal en vez de remediarlo.

Por otra parte, tambien se puede considerar como perjudicial el procurar que desaparezca en el niño la cortedad ó timidez que experimenta principalmente cuando está delante de personas mayores, pues este es el gérmen de la modestia y la humildad, virtudes muy bellas por cierto, y que debieran por lo tanto ser debidamente apreciadas, y no pretender sacrificarlas á la petulante igualdad y preferencia sociales. El valor vociferado no es en verdad el mas fuerte para resistir con serenidad el peligro efectivo, á mas de que semejante cortedad ó timidez tiene menos afinidad con el miedo que con el pudor, que es su principal fundamento, sentimiento en extremo delicado y apreciable que se debe procurar mantener con sumo cuidado, porque de él proceden el pundonor y la vergüenza. Así, pues, es necesario tratar de despertar el pudor en los niños desde su mas tierna infancia; este debe tener por primer objeto acostumbrarlos desde un principio á ocultar todas aquellas partes del cuerpo que las costumbres de todos los paises encubren con los vestidos;

siendo por consiguiente muy censurable que las niñas se complazcan en la desnudez de los niños. El rubor que ocasiona una falta cometida debe considerarse como la primera flor de la moralidad, que se debe procurar cuidadosamente no marchitar; por esto no se deberá hablar mas de la falta cometida, desde el momento en que se manifiesta la vergüenza del niño en el rubor de su semblante; sin embargo esto no obsta para que se le castigue en casos graves, pero siempre se debe evitar el hablar mucho acerca de la accion castigada. Es una cosa horrible burlarse de un niño que se ruboriza, á mas de indicar una gran barbarie el presentarle su rubor como una necesidad digna de risa.

Es un defecto muy comun entre los educadores obligar al niño á una confesion expresa, cuando ya ha dado una prueba suficiente de la verdad de la falta por su rubor, con lo que solo se consigue viciar la pureza del sentimiento y embotarlo. El sentimiento no necesita de palabras.

Se debe procurar evitar el falso pudor que de ordinario se manifiesta en muchas acciones lícitas y hasta laudables, al paso que no se avergüenza de otras verdaderamente ilícitas (1).

(1) La pobreza suele ser el objeto mas comun del falso pundonor. La mayor parte de las gentes se avergüenzan de ir mal vestidas, de comer con frugalidad, en una palabra, de vivir humildemente, al paso que no es tan frecuente el avergonzarse de con-

El ejemplo de los adultos ó de otros niños tiene en esto generalmente la culpa, y el educador podrá enderezar la torcida direccion con buen éxito, distinguiendo con palabras y hechos el verdadero del falso honor, y siempre que además dirija constantemente hácia un fin noble las primeras emociones del pudor; pero en todo caso, jamás debe oponerse violentamente al vicio que haya podido tomar este sentimiento, pues que entonces, lejos de ganar terreno, no conseguirá otra cosa que hacer desaparecer el amor y la confianza del educando con respecto á él, ó bien formar un hombre extravagante.

El *arrepentimiento* es un sentimiento que tiene una íntima conexion con el precedente, y que merece asimismo una consideracion especial por parte del pedagogo. Su fin mas próximo son los castigos, sin los cuales no puede conseguirse el verdadero fin, que es la enmienda. Si ha de ser vivo y permanente, es necesario no excitarlo con frecuencia, debiéndose por lo tanto pasar por alto las pequeñas faltas del niño, para no embotarlo con reprensiones y castigos frecuentes. En general este sentimiento se debe mirar como una cosa sagrada, en la cual por lo mismo no se debe intervenir muy á menudo, ni con hechos, ni con palabras, y solo se ha de procurar impedir su fugacidad con exhortaciones que penetren en el corazon infantil, ale-

traer deudas, ni menos de descuidar la educacion de los suyos. Hasta del trabajo hay quien se avergüence, pero no de la pereza, brutalidad, ect.

jando para ello toda distraccion. Hay indudablemente cierta especie de arrepentimiento que se desvanece tan pronto como apareció, y que es por eso mas despreciable que la aberracion en un defecto, si viene á ser costumbre en el niño.

A esta serie de sentimientos morales pertenece tambien el *asco*, que en grados mas superiores, y segun las varias direcciones que toma, se convierte en lo que llamamos *tedio*, *fastidio* y *aborrecimiento*. A estos extremos se hace llegar al niño por lo comun por la perniciosa costumbre que adquiere con el ejemplo de las personas que le rodean, al observar que muestran repugnancia á muchos objetos útiles, ó inofensivos cuando menos, al paso que no manifiesta sensibilidad alguna respecto á otras contemplaciones torpes. Porque es indudable que mientras se conserve en toda su pureza este sentimiento natural del niño, nada podrá causarle asco, sino lo real ó aparentemente sucio; y cuidando de hacer manifesto por la continua experiencia el error en el último caso, claro es que solo será objeto de asco lo efectivamente impuro. Y es tan cierto que en esto obra tan solo la fantasía, que sino fuera por lo que acabamos de indicar, esto es, porque ven desgraciadamente á sus mayores asustarse, gritar y hasta desmayarse á la simple vista de muchos objetos que nada tienen de particular, y á veces por la mera aparicion de un animalillo ó reptil insignificante, lo cual les induce á imaginarse cosas ridículas por el estilo y á dar tambien muestras de asco, es seguro que no les inspirarian repug-

nancia alguna muchas cosas. Así que, un niño robusto debe poder oír, mirar, tocar, oler y aun gustarlo todo; y si no lo puede hacer, la culpa de esto únicamente es debida á los que tan mal le educaron, no á una aversion natural. Contribuye no poco á la perfeccion humana, que es el blanco de la educacion, no dejarse poseer de semejantes errores, que fácilmente pueden acarrear una idiosincrasia.

Otro de los sentimientos morales que el educador está obligado á cimentar con sumo esmero, es el *contento individual* de la distinta posicion en que cada ser ha sido colocado por la Providencia en este mundo, y generalmente de todo lo que tiene y de lo que no le es dado mejorar. Precisamente es de la mayor importancia en nuestros tiempos oponerse al descontento general de sí mismo que se observa en todas las clases; este mal puede muy bien evitarse, siempre que se procure acostumbrar al niño desde luego á lo que acabamos de indicar, cuyo contento estriba en la frugalidad; en una palabra: se debe hacer de modo que el niño encuentre gusto en todo lo que tiene, sin tender continuamente su vista hácia lo que no posee, lo que se conseguirá dándole pocas cosas, y procurando siempre no confundir sus ojos con la variedad y eleccion de objetos. A este lugar corresponde igualmente la satisfaccion interior sugetiva, ó sea la alegría que siente el niño de sus propios progresos. Este sentimiento se puede considerar como la principal palanca de la enseñanza, por cuya razon es necesario tratarlo con mucha circunspeccion, y no debilitarlo, ni menos aumen-

tarlo hasta tal grado que degenera en vanidad y soberbia. La alegría que inspiran á los niños sus propios progresos es por la mayor parte pura, mientras en ella no intervienen los adultos y la hacen degenerar en los extremos indicados con su imprudente conducta. — Ya puedo hacer esto y sé estotro! exclama el niño, y compara naturalmente su estado actual con el anterior, y he aquí que nace en ellos un sentimiento de placer siempre que notan sus adelantamientos; esto á la verdad es muy inocente; pero los adultos no se contentan con esto, sino que añaden, para echarlo todo á perder: sí, efectivamente; y tú tambien eres mas guapo, mas fino que los demás niños. — Por esta razon es tan peligrosa la alabanza, y por esto tambien debieran abstenerse de alabar á los niños todas aquellas personas no iniciadas en la ciencia de educar, sino contentarse con manifestarles su cariño de otro modo.

Considerando en general y en su naturaleza propia simplemente el pundonor y la satisfaccion de sí mismo, de donde se suelen desarrollar el orgullo y la altanería, no se puede decir que crean estados del alma de por sí reprobables, sino que solamente se convierten en perniciosos por la mala direccion que se les dá. Si la evaluacion de los diversos bienes que poseemos fuese verdadera: si solamente se diese un valor preferente á lo que en realidad lo mereciese, á los progresos efectivos, entonces solo se habria entrado en la senda de la verdad respecto al punto que nos ocupa, en cuyo caso tampoco resultaria humillacion alguna para nuestros

prójimos. Pero de otro modo, las preferencias aparentes, el honor exterior y la riqueza son la base en que se funda el orgullo, y la compasion ó lástima que en su consecuencia se tiene de los demás. El niño que se alegra cuando comprende, v. gr., que tiene buena memoria, de ninguna manera merece por esto reprension alguna; pero si en virtud de ello pretende que así lo reconozcan tambien otras personas y que lo alaben, es indudable que la bondad del sentimiento está muy próxima á degenerar en los extremos mencionados.

El procedimiento, pues, en estos casos está naturalmente indicado y es el siguiente: desde el momento en que se note que el niño propende á la vanidad, y si por otra parte las circunstancias que le rodean son favorables además al desarrollo de este defecto, se debe buscar constantemente ocasion de proporcionarle humillaciones efectivas, ora haciéndole ver que son mucho mas aventajados que él aquellos otros á quienes despreciara, ya aislándolo, para que conozca el desamparo en que se encuentra sin la ayuda de los demás. Tales experiencias son de mucha mayor eficacia que todas las exhortaciones.

Vamos ahora á ocuparnos de los sentimientos simpáticos. — *El amor, la amistad, la gratitud, la benevolencia* en fin hácia todos sus semejantes son los sentimientos simpáticos que deben cultivarse absolutamente en el niño, cuidando empero siempre preservarle de la vana palabrería sobre tales sentimientos, y haciendo de modo que su existencia se manifieste por hechos desde

el momento en que despierta en él por primera vez su conciencia. Las señales exteriores de benevolencia, como la cortesía en general en todas sus formas, por mas que no sean despreciables en razon al alimento que prestan al sentimiento de que proceden, no son suficientes sin embargo para poder sustituirle. De donde tambien se infiere que no se puede juzgar exactamente de los sentimientos del niño por sus costumbres. Lo que el niño, pues, ofrece de buen corazon, debe recibirlo afablemente el educador, aun cuando sea la dádiva inoportuna, y nunca burlarse de él, no rechazar con la frialdad su ternura, ni rehusar sus dádivas. En esto ni aun debe tener valor la consideracion de no querer privarle de sus cosas, porque su libertad no debe limitarse á simples ofertas. En general las personas que educan jamás deben dar á entender que solicitan captarse el amor de los niños, sino que, por el contrario, estos son los que deben buscarle en sus mayores, y creerse felices si se ven cumplidos sus deseos. Para conseguir este objeto no es en manera alguna necesario que los padres ó educadores observen con sus educandos una conducta grave y fria; basta solo que se conduzcan de tal modo, que lejos de dar á los niños motivo para creerse sus iguales, miren siempre en ellos unas personas superiores, en quienes pueden encontrar proteccion y ayuda cuando de ellas hubieren menester. El amor debe dejarse traslucir por los hechos, y no manifestarse con palabras. Tambien se deduce de aquí la precaucion con que se deben usar las chanzas con los niños, procurando siempre evitar igualarse á

ellos, no ponerles apodos ó sobrenombres, ni menos provocar contestaciones é imitaciones. Tambien se ha de procurar no cansar su inclinacion con un ejercicio muy frecuente de dichos sentimientos; debe dejárseles la libertad necesaria para poder jugar con sus iguales. Las amistades entre ellos no se deben estorbar, aun cuando la eleccion de amigos no nos parezca muy acertada, pues en la infancia siempre es una ventaja el desarrollo del sentimiento, y no importa mucho el objeto todavía; es inútil advertir, que no por esto se debe basar nunca sobre una immoralidad. Una vez existente la amistad, se ha de vigilar la fidelidad. El rompimiento, los piques sobre pequeñeces, así como las acusaciones, se deben reprender fuertemente en todos los casos; pero nunca se ha de tomar una parte activa en las riñas de los niños, sino contentarse solo con observarlos y exhortarlos á la paz. Lo mismo se puede decir respecto á la amistad de los hermanos; donde esta falta, reina casi siempre una continua discordia, á que da lugar por lo comun la imprudente conducta de los padres de preferir injustamente uno ú otro hijo á los demás. Con especialidad creen muchos padres, por lo demás bastante imparciales, que es permitido hacer excepciones de igualdad á favor de sus hijos menores; pero es tan injusto y absurdo como lo anterior, pues solo se consigue con esto hacer malignos á los mayores, y altaneros y soberbios á los pequeños. Mas bien se podria justificar lo contrario, porque un privilegio concedido en virtud de la mayor edad existe en la misma naturaleza, ó mejor dicho, se des-

prende de ella, cuyo desarrollo debe ser protegido en nuestros tiempos de progreso.

Donde no existe el sentimiento del amor, debería siempre procurarse inculcar el de la justicia, que es un gran preservativo de todo detrimento que se quiera causar á nuestros semejantes, pues este sentimiento se conmueve y exalta necesariamente al ver causar un daño injustamente. En razon, pues, á lo indicado, y siendo además el fundamento de la conciencia, fácil es comprender con qué esmero no debe ser cultivado, sin dejar jamás pasar la menor ocasion de promover su desarrollo, dándole una recta direccion, y cuidando siempre de evitar aun su mas leve lesion, pues solo en el pequeño círculo de la familia, donde tan íntimamente unidas se encuentran las personas, puede apoyarse con firmeza la justicia por el amor, para que aquella sea efectiva; mas adelante, en los círculos mas vastos de la sociedad, en el trato general verá siempre el niño tantas injusticias, que podrian embotar tan noble sentimiento, á no estar arraigado profundamente desde la mas tierna infancia. Las razones porqué es preciso tolerar las injusticias fundadas en la historia, así como la comercial, no pueden todavía comprenderlas los niños.

La alegría que se siente al ver el júbilo de otras personas es mucho mas noble que la compasion, así como es mas fea y mezquina la malicia que la dureza de corazon. El ejemplo es el medio mas eficaz para dirigir tan delicados sentimientos, procurando siempre evitar discursos inútiles, pues causan mucho daño. ¡Cuántas ve-

ces no se oye consolar á un niño que tiene envidia de otro, en vez de reprenderle seriamente! ¡Cuántas veces no se inculpa á personas inocentes de un dolor que tiene el niño: cuántas no se suponen amenazas en boca de este! En efecto: al ver el modo general con que se educa á los niños, muy bien pudiera creerse que habia un comun empeño de ingertar en ellos desde luego la falta de caridad. ¡De qué modo se suele tratar á los criados por culpa de estos, y cuánto no tienen que sufrir de tales tiranuelos! Tampoco se cuidan mucho los padres y demás educadores de refrenar la cólera de sus hijos ó educandos, á no ser alguna que otra vez por su propia ira. Es verdad que la susceptibilidad de la cólera no es la peor señal del carácter futuro del niño, porque es indudable que moderándola y sometiéndola al dominio de la razon, y si por otra parte los impulsos que la excitan no son mezquinos y viles, pueden esperarse de un tal carácter mejores resultados que de los excesivamente suaves, los cuales fácilmente vienen á degenerar en la frialdad. Mas no por eso se ha de cesar de vigilar ni un momento el espíritu de la ira, sino se quiere que llegue á convertirse en una terrible pasion. Así, pues, es indispensable que los educadores traten de reprimir desde un principio este afecto, como todos los demás, para evitar su degeneracion en lo sucesivo. La manera mas fácil y preferible en todos conceptos para conseguir este objeto, es procurar constantemente que el niño con la ayuda de otras personas que cooperen al efecto aprenda á vencerse á sí mismo de todos sus afectos

y con especialidad de la ira, con lo que se conseguirá además acrecentar su fuerza moral mucho mejor que cuando se le abandona á sí propio, y se ve precisado á recorrer el círculo desde la incomodidad á la cólera, de esta al despecho, y de aquí al arrepentimiento y á la reconciliación por último. En ciertos casos tambien puede ser muy conveniente para dirigir este afecto como es debido, excitar la vergüenza, el temor, y aun aplicar oportunamente el castigo si fuere necesario, advirtiendo que de este último medio se debe hacer muy rara vez uso, y aun en este caso extremo se ha de procurar siempre no emplearlo cuando se manifieste insuficiente, porque de lo contrario, en vez de remediar el mal, puede muy bien exaltar mas y mas el afecto hasta la rabia, lo que tambien puede perjudicar á la autoridad del que educa. Por eso se puede muy bien asegurar, que si el odio y la venganza encuentran acogida en el corazon del niño, no es suya la culpa, sino debida por su mayor parte á las personas que con su inhábil proceder dieron lugar á la degeneracion de tal afecto, y para tales personas no se escribe la Pedagogia; sin embargo, es innegable que hay algunos niños cuyo carácter en extremo irritable puede por sí solo ocasionar la degeneracion de este sentimiento, desde el momento en que noten que se trata de reprimirlos, y llegar por esto á aborrecer á ciertas personas. En semejantes casos el pedagogo debe tratar ante todas cosas de desvanecer las quimeras forjadas por la fantasía del niño, que le hacian mirar como injusto el procedimiento de aquel, tan luego como se ma-

nifestase este extravío del sentimiento, y procurar además evitar en lo sucesivo toda ocasion que pueda provocar su desarrollo. Así se conseguirá extinguir poco á poco el gérmen del mal por falta de alimento. Porque intervenir de una manera violenta, obligar al niño á ver con frecuencia el objeto de su odio, ó á pedir perdon en todos los casos, no puede menos que frustrar completamente el fin propuesto; el sentimiento reprimido degenera en malignidad, y se convierte por último en deseo de venganza. Existe tambien en los niños una especie de odio genérico ó ideal, que no se manifiesta contra persona determinada, sino que mas bien se refiere á las cosas; en efecto: su sentimiento es excitado de tal modo con la simple relacion de ciertos hechos criminales, que aborrecen de todo corazon al malhechor, y lo manifiestan además con sus palabras. Pero esto es tolerable hasta cierto punto, en razon á lo que acabamos de indicar, esto es, que su objeto no son las personas sino únicamente las acciones efectivamente abominables; sin embargo, siempre se debe procurar que no salga de su justo límite, si se quiere evitar que de aquí nazca una extravagancia de carácter.

El *enternecimiento*, ó sea la dulce emoción que experimenta nuestra alma al contemplar las representaciones de nuestras propias acciones ó de las ajenas, nuestra propia suerte ó la de otros seres, es un sentimiento cuya naturaleza no puede determinarse exactamente: precede á la compasion y á la alegría, su direccion es vaga, y puede llegar á convertirse en una especie de

placer. Pero, como considerado simplemente en su esencia no se puede decir que sea capcioso, sino que antes por el contrario puede muchas veces ser aplicado como medio eficaz para excitar la voluntad del educando á la ejecucion de buenas obras, debe promoverse hábilmente su desarrollo, pero sin abusar jamás ni traspasar los límites que prescribe la prudencia, para evitar su degeneracion, falsedad ó hipocresía. Mas vale que el niño sea algo indiferente y aun duro de corazon, que jugar con el enternecimiento, del cual no resulta simplemente una buena accion. De este abuso se originan aquellos caracteres huecos, mentirosos é hipócritas, que resisten friamente á toda buena accion.

Los *sentimientos religiosos*, como son la *humildad*, la *devocion*, la *confianza* y otros semejantes, parece como que yacen aletargados en la infancia, siendo necesario por lo tanto hacerlos despertar poco á poco desde muy temprano, pero con sumo cuidado y esmero, para que puedan servir de fundamento á los sentimientos piadosos. El procedimiento mas eficaz al efecto consiste mas bien en hechos que en palabras. Si los padres ó educadores manifiestan en la oracion su adhesion al Ser Supremo, su dependencia de un ser todopoderoso é invisible, este ejemplo es mucho mas elocuente é impresiona por lo tanto mucho mas profundamente al niño, que los panegíricos mejor estudiados; el ejemplo vivo que le ofrecen en este caso sus mayores no puede menos de excitar sus sentimientos piadosos, y en su consecuencia se esfuerza en reunirlos con los de personas tan res-

petables. Si se hace ver en los grandes acontecimientos de la vida humana la impotencia del hombre: si con la consideracion de la muerte se enseña lo precarias que son todas las cosas de este mundo, estas reflexiones simplemente sugerirán de por sí la humildad, siempre que en tales casos se procure no distraer al niño de su contemplacion. Cuando vea este que se dan las mas rendidas gracias al ser Supremo por habernos librado de sufrir algun desastre que nos traia acongojados, se sentirá tambien inclinado á hacer lo mismo, dará gracias de lo íntimo de su corazon, aunque no pueda comprender todavía tan sublime acto. Por esta razon no se deberá nunca privar á los niños de la presencia de cierta clase de hechos, que ninguna descripcion es capaz de sustituirlos, sino antes bien ofrecerlos á su vista con alguna frecuencia; porque tanto para el cultivo de estos sentimientos, como para el de todos los demás, son mucho mas eficaces los hechos que las palabras, y estas por lo tanto deben ser muy pocas y limitarse simplemente á dar una direccion verdadera al sentimiento. Por la enseñanza intelectual intempestiva y sistemática de muchas cosas se ahoga frecuentemente el sentimiento religioso, y la mas noble é importante afeccion del espíritu viene muy pronto á convertirse en un mero ejercicio de la memoria (1).

(1) Los niños pequeños no deben participar del culto religioso que se tributa á Dios en los templos sino por excepcion, pues solo de este modo po-

No menor cuidado debe merecer al pedagogo el cultivo de los sentimientos *estéticos*, como son el *gusto de lo bello*, el *disgusto de lo deforme*, la *admiracion de lo sublime*, el *desprecio de lo mezquino y grosero*, y el *entusiasmo por lo noble y generoso*. El juicio sobre lo bello pertenece en verdad á la facultad de representacion; sin embargo, la irritacion ó susceptibilidad de reconocerlo y el placer que es consiguiente, corresponden á la facultad de sentimiento. Esta clase de sensaciones principian ya á experimentar-se desde la infancia por el gusto con que se ve á los niños mirar la luz, lo agradable que les es lo limpio y arreglado, y mas tarde por la predileccion de ciertos colores, figuras y sonidos. Estos objetos, pues, que naturalmente cautivan su atencion son los únicos que en la infancia deben ser objeto del cultivo de los sentimientos estéticos y nada mas, pues lo principal es que el sentimiento exista en realidad, antes de procurar promover su desarrollo. Sobre el gusto puede ejercer un gran influjo el ejemplo de otras personas. El sentimiento de lo comunmente bello, del decoro, etc., no se debe descuidar, aunque siempre sea de mucho mas valor la originalidad del gusto, esto es, el poder re-

drá su corazon tener un elevado presentimiento de la Divinidad. La participacion frecuente ó regular entre los adultos, embota el sentimiento en los niños y abre el camino á un mecanismo religioso nada apetecible. La asistencia á la iglesia debe ser para el infante una cosa extraordinaria, un premio concedido á su virtud.

conocer lo bello independientemente del gusto general. Este sentimiento puede cultivarse presentando modelos adecuados á la imaginacion, á la vista y al oído. Para lo primero son muy á propósito los cuentos; para el oído las canciones, y en general al principio siempre las cosas mas sencillas, porque tambien son las que mas agradan á los niños. Las visitas á los museos de pintura y escultura, la asistencia á los conciertos y á los teatros perjudican mas que aprovechan, porque en todas estas partes son demasiado complicadas las escenas que se ofrecen á su vista, á su imaginacion y á su oído, para el estado de su inteligencia. Los jóvenes comprenden mucho mejor el lenguaje de la naturaleza, y es tanto mas profunda la excitacion de su sentimiento, cuantas menos palabras oye. Mas, no se crea por eso, que sea suficiente por sí sola la muda contemplacion de la naturaleza para el perfecto desarrollo de dicho sentimiento; frecuentemente se observa que las personas que habitaron siempre en el campo no son las que mejor saben apreciar las bellezas de la naturaleza, y que por lo mismo desconocen los deleites mas sublimes que esta ofrece. Así que, siempre es indispensable dirigir la contemplacion del educando, exaltar las bellezas, participar del placer que experimenta en estas contemplaciones, recordar otras afines, procurando además remover cualesquiera impresiones que puedan distraer su atencion, ó estorbar en cualquier otro sentido.

§. XV.

DEL DESARROLLO DE LA FACULTAD DE
TENDENCIA.

Las tendencias no son otra cosa que sentimientos cuyas manifestaciones proceden de lo interior, de una naturaleza análoga á todos los demás, y cuyo tratamiento por consiguiente es muy parecido al de todos ellos. En su cultivo se debe proceder con arreglo al principio establecido ya en otro lugar, esto es, tratando siempre de someter todos los impulsos ó tendencias naturales al dominio de la razon, y en su virtud limitando su satisfaccion. Unicamente debe constituirse en costumbres la satisfaccion de los que tienden con preferencia al bien, ó sea á la virtud; los que carezcan de tal propiedad, es indispensable reprimirlos por una habituacion artificial.

Los impulsos inferiores, segun dijimos ya en otra ocasion, son los que se refieren á la conservacion del individuo y de la especie. En el §. IV se establecieron ya las bases sobre que debia reglarse la alimentacion del niño, y en los §§. X y XIII de qué modo se habia de prevenir la degeneracion de dichos impulsos en intemperancia y golosina. Poco, pues, nos resta que añadir acerca de ellos.

Como que estos impulsos nunca se manifiestan débiles sino cuando el niño está enfermo, siempre es necesario, fuera de este caso, tratar

de moderarlos. En efecto: el hombre necesita muy poco para su alimentacion; nosotros todos por regla general comemos y bebemos mas de lo que exige la naturaleza, siendo este abuso el fundamento de la mayor parte de nuestros padecimientos y debilidades. Por esto en la actualidad es muy difícil, si no imposible, establecer un método conveniente de alimentacion en la infancia, que, fundado en la naturaleza, pueda contribuir al perfecto desarrollo de los mencionados impulsos, al par que á robustecer la salud física en cuanto sea posible. Sin embargo, todo el que educa debiera procurar por su parte con todas sus fuerzas reprimir desde luego este impulso en la infancia, con lo que se evitaria que llegara á adquirir tanta preponderancia en la juventud, y su completa insubordinacion mas tarde á los consejos de la razon. Esto debe entenderse lo mismo en cuanto á la gastronomía, que respecto al uso inmoderado de las bebidas. Ambos vicios proceden del descuido que se ha tenido de moderar dichos impulsos en tiempo oportuno. El niño cuyo corazon encuentre un gran solaz en la comida, y que por lo tanto está siempre deseoso de llenar su estómago con frutas, pasteles ú otras golosinas, no tardará en sucumbir despues á otros apetitos, siendo el impulso el mismo. Segun el influjo de las circunstancias, el uno podrá ser mas aficionado á las bebidas, el otro idolatrárá el arte de cocina. En el primer caso será un aliciente mas la tranquilidad que acarrea la embriaguez, en el segundo el placer de la saciedad. Por esta razon es indispensable habituar al niño desde muy temprano

á la moderacion y templanza en el comer y beber, pues solo así se pueden prevenir los males enunciados; se debe procurar hasta infundir en los niños el menosprecio de tales goces. Así que, es necesario ante todas cosas tratar de desterrar la inmoral preocupacion de que la frugalidad y templanza sean una cosa humillante, y la gula é inmoderacion, el hacer grandes gastos para el estómago un signo característico de alta gerarquía. Además, segun observamos arriba, es preciso que haya orden y arreglo en el impulso de alimentacion.

Este impulso de conservacion se manifiesta tambien en otra direccion, cual es el amor á la vida, cuya tendencia es muy buena, siempre que no degenera en un miedo á la muerte. Como que en la infancia se desconoce el peligro, y por lo mismo no se le puede temer, los educadores por lo tanto tienen una obligacion de preservar de él á los niños. Esto se consigue mejor en general prohibiendo que instruyendo; es mucho mas seguro emplear la obediencia que la precaucion. En efecto: si se habla mucho acerca de los innumerables peligros de que está rodeada nuestra vida por do quiera, no se conseguirá mas sino que los niños se rian de los consejos, porque su frecuente repeticion hará muy débil la impresion y acarreará la indiferencia, ó bien por el contrario producirá la timidez y la pedantería, y con esto habrán ya perdido aquel valor lozano que inspira la vida, y por consiguiente la fuerza y habilidad de evitar el peligro efectivo en caso necesario. Si los preceptos, pues, del que educa tienen por

fin proteger y defender al educando de toda clase de peligros, deben indispensablemente estar adornados de todas las cualidades necesarias para poder obligar á una obediencia inmediata, esto es, deben ser pocos, breves y consecuentes; porque despues explicando poco á poco la razon en que se fundaban los preceptos que obedió el niño, se desarrollará insensiblemente la precaucion independiente de este, sin que haya que temer entonces degenerar en un miedo ridículo y exagerado. Tambien es en extremo importante dirigir acertadamente la voluntad del niño en sus enfermedades, pues en ellas suele aumentarse el impulso de conservacion, aunque tambien á veces se debilita á causa del desconcierto del organismo. Cuando se observa la conducta de muchos padres para con sus hijos enfermos, casi es imposible no afligirse de su ignorancia en el arte de educar. Como no han acostumbrado al niño á la obediencia cuando estaba sano, y no atreviéndose por otra parte á emplear medidas enérgicas estando enfermo, no se obedecen los preceptos del médico, resultando de aquí por lo comun que se empeora la enfermedad, ó se dilata cuando menos la curacion. Por conclusion añadiremos, que aunque es verdad que en ningun caso es lícito fomentar la melancolía de los niños, el recuerdo de la muerte, la consideracion sobre la ruina del individuo, no deben ser cosas ajenas enteramente á la educacion; porque si no, se rompe con facilidad todo freno que pudiera contener la temeridad y ligereza propias de la infancia y juventud.

Habiendo tratado ya extensamente en el § XI de los errores y vicios consiguientes del instinto de procreacion, solo resta indicar cómo puede darse á su desarrollo una direccion mas noble. El fin de este debe ser una inclinacion del alma hácia una sola persona de diferente sexo, la cual se manifiesta en el jóven como un noble entusiasmo, y en el adulto como un tranquilo y casto amor conyugal. Este noble amor solo puede crecer en tal direccion en un terreno vírgen y en tiempo oportuno; por eso se debe tener sumo cuidado de preservar á la infancia de toda clase de irritaciones del mencionado impulso, aunque no sean precisamente sexuales. Si el niño ha vivido hasta la edad de la pubertad en una completa inocencia, ignorando absolutamente hasta entonces la diferencia de los dos sexos que constituyen el ser humano, es indudable que se desarrollará felizmente en su alma el sentimiento del amor. Las plantas que mas tarde florecen, son las mas delicadas. El pensar y hablar sobre este asunto antes de tiempo, es lo mismo que el coger una mariposa entre los dedos, que se le hace perder todo su encanto. Pero por desgracia en el dia se cuida muy poco de esto; casi todas las conversaciones de los adultos que rodean al niño vienen á recaer mas tarde ó mas temprano sobre este asunto, y en vez de tomarse siquiera el trabajo de guardarse de su presencia para hablar ó tratar de semejante negocio, se chancean con él sobre esto desde muy temprano por cierto. Aun entre los círculos mas ilustrados se observa que los padres y demás personas proponen á sus hijos casa-

mientos, les hacen representar el papel de novios y otras cosas semejantes, lo que á decir verdad no se puede creer que provenga siempre de errores pedagógicos, y sí mas bien de un deseo de refrescar su propia sensualidad.

Si se ha hecho predominar en los niños el entendimiento en cierta direccion, el sentimiento del amor se debilita, muere por último, y viene á ser reemplazado por un frio cálculo; el jóven busca entonces solo la dote, y la doncella solo piensa en tener un gran número de amadores para escoger entre ellos el que mejor pueda satisfacer su ambicion. Al contrario: donde la fantasía predomina, el corazon se extasía en contemplaciones amorosas, que bien pronto degeneran en carnales, ocasionando como es consiguiente la perdicion física y moral del individuo. Nada alimenta mas este juego de la fantasía que la lectura de novelas y poesías amatorias; no es necesario que su estilo sea indecoroso para seducir al jóven; lo mismo sucede con las decentemente escritas; pues una vez que se ha llamado la atencion hácia la diferencia de sexos, que se ha exaltado con ello su fantasía, continúa ya de por sí siguiendo este rumbo, y no es tan raro verla mas tarde arrastrándose vilmente á consecuencia de influjos que apenas se pudieran adivinar en un principio.

No es tan fácil decidir acertadamente en general la cuestion de si será mas conveniente que el pedagogo instruya á su educando acerca de la procreacion, que el guardar silencio sobre este punto; una y otra cosa ofrece, ya mas, ya menos peligros, segun la correlacion de circuns-

tancias que mediaren entre uno y otro: esta relacion por consiguiente es lo principal que debe conocerse para decidirse por la afirmativa ó al contrario. Así que, cuando entre el educador y su educando exista una íntima confianza: cuando el primero esté convencido á ciencia cierta de que no ha de mezclarse en este asunto ninguna tercera persona, bien se puede aconsejar que el padre ó la madre descubran al niño lo que en otro caso ha de aprender de los criados de un modo mas indecente. Pero si por el contrario, faltare la intimidad indicada; si es de presumir que ya no se le dice con ello ninguna cosa nueva, vale mas abstenerse de toda clase de explicaciones. Esta instruccion en realidad no pertenece á la enseñanza general de las escuelas; sin embargo, no sería malo proponer en ellas la lectura de libros á propósito, siempre que trataran el asunto en cuestion con toda la medida necesaria. De todos modos, el jóven al separarse del lado de sus padres no debiera nunca ignorar semejante conocimiento.

Entre los impulsos mas nobles ocupa uno de los primeros puestos el de *actividad*, ó sea la tendencia á usar de las fuerzas y facultades sin consideracion alguna al fin; si en su ejercicio se encuentra placer, tendremos el juego, y la aplicacion cuando esta actividad se dirige constantemente á un blanco. El niño naturalmente se siente inclinado á poner en ejercicio sus miembros, lo mismo que sus sentidos, y á recibir por consiguiente toda clase de percepciones. Pero esta actividad se cansa, debiendo restablecer el sueño las fuerzas perdidas. Sin embargo, tam-

bien suele molestarle cuando está despierto la continua actividad en una sola direccion, naciendo de aquí el deseo de interrumpirla bien con el descanso, bien con la variacion de objeto. Esta inclinacion puede degenerar en un miedo de hacer un esfuerzo, que en último grado viene á convertirse en *pereza*; ó bien en el segundo caso, la inclinacion á variar de objeto, viene á parar en inconstancia y tambien en un *ocio activo*. Ambos extremos es indispensable evitar, empleando al efecto medios adecuados. Los principales se reducen á la progresion gradual de ocupaciones ó tareas, tanto con respecto á la cantidad como á la clase de trabajo. Al principio solo se deberán exigir en primer lugar ocupaciones ó servicios moderados de las fuerzas inferiores, perseverancia en ellos, y solo mas tarde, y siempre en una progresion constante, podrán ejercitarse las superiores. Claro es por lo dicho que nunca se debe cesar en esta progresion de ejercicios, ni considerar por lo tanto como suficientes los que el niño haga en ningun tiempo, mientras sean susceptibles sus fuerzas de avanzar mas en los trabajos, y con tal que tambien lo permita la armonía que debe procurarse constantemente entre todas ellas. En segundo lugar, es necesario siempre asociar sentimientos agradables á la actividad en cuanto lo permita su fin; por consiguiente, lo que se puede ejecutar jugando, no se haga ejecutar por obligacion; esto de ningun modo quiere decir que se deba en caso alguno dejar que predomine la inclinacion al juego, de manera que pueda disgustar al niño toda ocupacion ó trabajo serio; nada

menos que eso; lo que se pretende conseguir por el medio indicado es preparar al trabajo, refrescar, digámoslo así, la actividad con el juego, pero no suplirle con él en ningun tiempo. El *contento de sí mismo*, de que ya hemos hablado, es el sentimiento mas agradable que puede asociarse á la actividad. Por esto es necesario dejar al niño alegrarse sobre los progresos que en sí nota, enseñándole al propio tiempo la senda que debe seguir para progresar mas y mas, el camino que le resta andar, cuidando en esto de fortalecer el impulso con la esperanza de salir bien. Esta confianza de salir airoso en todas sus tareas es sin duda un móvil muy principal del impulso que nos ocupa, y bien se puede asegurar que ninguna cosa contribuye mas eficazmente á detenerle, que el malogro frecuente de su objeto; de aquí se infiere el pulso con que debe conducirse el maestro en la eleccion de tareas para cada discípulo.

Al impulso de *actividad* se agrega como un resultado del mismo el impulso de *perfeccion*, que es su afin inmediato. No se contenta el hombre simplemente con el uso de sus fuerzas y facultades, quiere además alcanzar un fin ulterior que cada vez se presenta mas distante á su vista. El niño se alegra cuando ha logrado el objeto de sus esfuerzos, pero solo por poco tiempo, en el momento que toma posesion de él, si nos es lícito hablar así, y de esta consecucion nace inmediatamente el deseo de emprender nuevas conquistas. Lo mismo absolutamente se observa en el adulto, si su educacion no ha sido defectuosa. La flojedad que experimentan algunas personas

de contentarse con lo presente sin aspirar á ninguna otra perfeccion futura, es una consecuencia inmediata de la bajeza y mezquindad de su espíritu: es una produccion de innobles deseos ó inclinaciones que tienen aherrajados á los impulsos nobles y superiores; por eso no se puede prescindir de oponerse vivamente á semejante defecto por todos los medios posibles, tan luego como se manifiestan en los niños los mas leves indicios de tan perniciosa tendencia. Pero en esto, como en todo lo demás, se deben constantemente evitar los extremos con una hábil conducta por parte de los maestros; porque si no, si se pretende excitar demasiado el impulso de perfeccion, no es difícil que degenera en una proyecto-manía, que aspirando sin reflexion de continuo á fines muy remotos, deje pasar desapercibidos los mas próximos: la fantasía se agregará á él entonces, haciéndole inepto para la vida práctica. El educador por lo mismo no debe consentir de ningun modo semejante vicio; señale siempre el grado mas próximo que debe alcanzar el niño, y conténtese solo con indicar para animarle el blanco mas lejano ó el ideal á que mas tarde acaso podrá aspirar. No haga caso alguno del mucho hablar sobre los progresos del educando, sino insista siempre en hechos, cuidando por último de limitar hábilmente el impulso de perfeccion para evitar los extremos indicados, lo que podrá conseguirse no acumulando muchas cosas á la vez sino una tras otra, y determinando el grado hasta donde se debe llegar en cada una, pero naturalmente, sin pedantería ni predileccion.

Finalmente: es un requisito esencial para su cultivo concederle cierto grado de independencia. De lo contrario, si se prescribe al niño continuamente el orden y la direccion que necesariamente debe seguir en todo: si se le reprende á cada paso aun por ligeras extralimitaciones, es imposible que pueda alegrarse de sus progresos, ó cuando menos, se perderá todo lo adquirido tan luego como llegue á emanciparse del poder de sus directores.

Igualmente pertenece á la clase de impulsos que nos ocupa el de *variacion*. Así como en la naturaleza inánime domina la ley de la perseverancia, en la animada por el contrario, en el organismo ó vida humana, domina la de *variacion*. Todo placer, toda satisfaccion, por grande que sea en su principio, se embota y muere si persevera por mucho tiempo en un mismo estado; y es preciso que obre una nueva excitacion de continuo, para dar al anterior cierto descanso. Esta ley eterna del espíritu, que se manifiesta en dicha tendencia constante del organismo humano á la *variacion*, es esencial á su naturaleza; pero, como todas las demás, sino se cultiva hábilmente, puede degenerar en *ligereza*, *distraccion* y *curiosidad*.

Para precaverla, pues, de semejantes vicios, harto comunes por desgracia, es necesario proceder con suma circunspeccion, no promoviendo su desarrollo sino muy lentamente en un principio, con pocos y muy sencillos objetos, sin permitirnos nunca bruscas variaciones en su actividad. Por esto es muy perjudicial dar á los niños muchos y diversos juguetes á la vez, así

como el que muchas personas procuren entrete-
nerlos á un mismo tiempo. Las contemplacio-
nes que el mundo ofrece á la inteligencia huma-
na, debiera siempre procurarse que no se des-
plegaran sino muy lentamente á la vista del
niño; cada día, cada año se le debería enseñar
una cosa nueva; pero la práctica general en este
punto está tan lejos de adoptar estos principios,
que en vez de proceder segun acabamos de indi-
car, sigue un camino enteramente contrario;
se excita vivamente dicha tendencia con una
multitud tal de variaciones, que muy en breve
se ha recorrido y agotado ya toda la esfera de
excitacion, y el fastidio sucede á la alegría pro-
pia de la infancia; y esto se hace precisamente
en una época en que la misma naturaleza exige
cierta monotonía en la vida. Además, llenar de
goces al niño, no es otra cosa en verdad que
robarle uno de sus mas hermosos placeres. Pero
si se dirige acertadamente dicho impulso, nace
de él el *deseo de saber*, el *impulso de investi-*
gacion y el *espíritu de invencion*. El hombre no
se contenta ya con lo existente; busca otras co-
sas mas nuevas, y adhiriéndose á la expresada
tendencia el impulso de perfeccion, busca natu-
ralmente lo mejor. De suerte que, si bien es
cierto que el educador no debe dar un vasto en-
sanche al referido impulso, tambien lo es que
no debe tratar nunca de suprimirlo, mayor-
mente cuando el desarrollo natural determina
ya de por sí la moderacion de su actividad y
una mayor permanencia por consiguiente en
cada cosa de su objeto en el adulto, al paso
que en el niño se manifiesta en todo su vigor.

De lo dicho se infiere que no se debe sujetar al educando por mucho tiempo á la contemplacion de un objeto, ó, lo que es lo mismo, que no se le debe ocupar demasiado en la enseñanza de una misma cosa, sino procurar constantemente mantener la alegría que naturalmente causa el aprender, por medio de una variacion conveniente de la materia y forma de los objetos sobre que haya de recaer la enseñanza.

Otro de los impulsos que debemos mencionar en este lugar es el de *posesion*. Su tratamiento es en extremo importante, si se atiende á que su buen ó mal desarrollo dependen mas que en ningun otro de la mayor ó menor habilidad con que se le dirija. Mas, como todas las personas que rodean al niño ejercen un gran influjo sobre este impulso, sucede frecuentemente por desgracia, que impiden al educador principal darle una direccion conveniente. ¡Quién no dá ó quita algo al niño! ¡Cuánto valor no se dá en su presencia á las cosas mas fútiles, y con qué desprecio no se trata por lo comun de los bienes mas importantes de la vida! A la verdad que en vista de la reprehensible conducta que se observa en general acerca de este punto, no es de extrañar que frecuentemente degenera, ya en codicia, ya en el extremo contrario. El niño se siente inclinado á poseer este ó esotro objeto, ansía por cogerlo en sus manos, y quiere por último poder disponer libremente de él, así como de todo lo que le agrada, aun mucho antes de tener la mas remota idea de propiedad. Claro es por lo tanto que la formacion de esta idea depende absolutamente del educador; pero no de

sus explicaciones, sino mas bien de sus hechos. Tan luego como el niño ha adelantado en el lenguaje lo bastante para distinguir el *yo* del *tu*, comienza ya á separar su propiedad de la de otros; pues bien: si esta tendencia es una cualidad esencial á la naturaleza del individuo, como á la de toda la especie humana, preciso es que el pedagogo insista por su parte en que se observe una tal distincion entre las diversas cosas que constituyan la propiedad de sus educandos, sin consentir jamás que el niño trate ó se apodere á su placer de todo lo que le agrada. Solamente se le deberá permitir el libre uso de aquellos objetos que se le han dado en propiedad para jugar ú otra cosa por el estilo, acostumbrándolo á que se contente simplemente con mirar todo aquello que no le pertenece. Con esta distincion se le enseña al mismo tiempo á tratar bien todas las cosas, al paso que se opone un dique al deseo de dominar. Bien pronto aprende el infante á distinguir su familia de otra cualquiera extraña, y entonces es cuando debe haber mas cuidado de inculcar en él fuertemente lo sagrado del derecho de propiedad. Jamás se debe consentir que el niño tome de por sí lo que á otra persona pertenece, ni menos que destruya ó rompa cosa alguna por muy insignificante que sea (1); porque si no, las

(1) Si el niño destruye su propiedad, tolérese alguna que otra vez con el silencio, siempre que en ello no se descubra una travesura maligna y decidida, pues así podrá aprender por experiencia que ha obrado y puede obrar mal. Si el juguete que destruye es de valor,

ideas vagas que se forman en la niñez acerca del mayor ó menor valor, del límite de todas las cosas, no es difícil que continuen por toda la vida. Hay sin embargo en la familia ciertas cosas ó bienes que se deben considerar comunes entre los hermanos; estos se deben designar expresamente, precaviendo con prudencia por medio de preceptos determinados las riñas que entre ellos puedan suscitarse acerca de su uso. Procediendo de esta manera, se obtendrán dos ventajas considerables: la primera prevenir y remover oportunamente todos los estorbos que pudieran desconcertar la buena armonía que debe reinar entre toda la familia, y evitar por consiguiente los lances desagradables; la segunda arraigar fuertemente en el tierno corazón del infante las bases primordiales de la justicia; porque es indudable que rigiendo en la familia una especie de legislación cierta y determinada, y aplicándola con prontitud en todos los casos necesarios, se cimentará sólidamente el sentimiento de la justicia para toda la vida.

la culpa á nadie mas puede achacarse que á las personas que pusieron en tales manos una cosa preciosa. También se debe hacer una distinción en la propiedad del niño: una actual, ó que puede disfrutar de ella en el momento; y otra futura, que debe guardarla para mas adelante, contentarse con mirarla y de ningún modo disponer de ella arbitrariamente. Los regalos de los parientes y amigos suelen ser no pocas veces verdaderas manzanas de Eris, por lo que no debería haber inconveniente en negarse redondamente á recibirlos en muchos casos.

Los padres no deberían mezclarse por regla general en las riñas de sus hijos acerca de la posesion de este ó esotro objeto sino en los casos de una injusticia manifiesta, pues esto jamás debe consentirse, ni mucho menos tomar partido en pro ni en contra de los mas ó menos jóvenes. La justicia debe siempre hacerse prevalecer aun en las mayores pequeñeces (1).

Pero no se crea que es suficiente reglar el impulso de posesion, sujetándolo para ello al sentimiento de justicia; es necesario además templar su actividad y hacerlo susceptible de los sentimientos simpáticos, al paso que se debe procurar tambien endurecerlo contra las seducciones de los impulsos sensuales. El niño debe ser capaz de dar á otra persona realmente cualquiera cosa, aun la que mas le agrade y que le cueste por lo tanto un gran sacrificio; porque en otro caso, la mera comedia de dar limosna, ó de ofrecer para recibir el triplo, jamás podrá libertarle de la codicia. Se ha de procurar convencer prácticamente al niño de que el frio egoismo es la mas destructora polilla de la sociedad: que si él prevalece es imposible que esta subsista, y que con él desaparece bien

(1) Si los hermanos no tienen inconveniente en concederse recíprocamente el uso de sus juguetes, es una señal muy laudable de la armonía y concordia que reina entre ellos; pero si los padres obligan al niño cuidadoso á dar su propiedad al hermano travieso, en cuyas manos es probable se destruya, hacen muy mal, pues esto es un fundamento que obsta á la honradez futura de aquel, es por decirlo así lo mismo que prostituir la nobleza del sentimiento.

pronto toda la alegría de la vida. Además, es necesario hacer de modo, que todo acto de codicia le acarree consecuencias sensibles, al paso que satisfactorias las acciones liberales; pero cuidando siempre que en esto no advierta una recompensa, ni en el otro caso un castigo, sino haciéndolo aparecer como un resultado natural de la una ó la otra acción.

El desinterés del niño sin embargo no debe llegar hasta tal punto, que degenera en una completa indiferencia de toda propiedad, convirtiéndose por lo tanto la liberalidad en prodigalidad. A este extremo propende el siglo en que vivimos, á pesar de que por otra parte sabe amalgamarlo con la codicia.

Para probar las disposiciones del niño respecto á este punto y poder en su consecuencia promover convenientemente su desarrollo, es preciso proporcionarle ocasiones en que pueda disponer libremente de una cosa cualquiera. Esta propiedad deberá consistir en un principio en comestibles y juguetes. Los primeros pueda regalarlos, y solo prestar los segundos, ó cuando mas no regalarlos sin previo permiso, y entonces no volver ya mas á tomar lo una vez dado. El cambio y tráfico entre los niños, y muy principalmente entre los hermanos, es en extremo reprehensible, pues esto es lo mismo que haber ya dado prematuramente un paso muy avanzado en las relaciones ulteriores de la vida social.

El dar dinero á los niños para que dispongan de él á su arbitrio, solo puede ser ventajoso en el caso de poder inspeccionar y dirigir su

uso; si no, vale mas que en lugar de esto hagan los padres partícipes á sus hijos en negocios de poca entidad, principiándolos así á acostumbrar al arreglo, á la parsimonia y á ejercitar su industria; cuidando empero siempre de vigilarlos para evitar abusos, pues á pesar de que inspiren la mayor confianza, es necesario no olvidarse nunca de que los niños y jóvenes fácilmente sucumben á la seducción. Es un error de los padres, tan comun como pernicioso, creer que sus hijos son incapaces de la improbidad, no menos que el dudar acerca de si pueden mentir. Los educadores experimentados saben muy bien, que sino todos los niños mienten realmente, no falta mucho para ello; y que sino todos hurtan en el verdadero sentido de la palabra, cometen sin embargo acciones muy parecidas. Es necesario tener muy en cuenta que la virtud de la honradez no es innata: que debe adquirirla por lo tanto el niño por la educación, para lo cual es indispensable ir desarrollando y fijando poco á poco las ideas de propiedad.

Este es el lugar mas oportuno para hacer mencion de otra falta ó error pedagógico en que incurren muchos padres. Gusta á unos revelar á sus hijos desde muy temprano que poseen grandes riquezas, sin reflexionar cuántos deseos perniciosos se despiertan con esto en el corazon del niño, y que además la pérdida de la fortuna siempre es posible, y entonces tanto mas amarga é insoportable la indigencia; los otros, por el contrario, se avergüenzan de ser pobres, engañan á sus hijos respecto de su verdadera

posicion, ó bien les infunden un pundonor falso, haciéndoles aparentar en lo exterior lo que carece de realidad. Fácil es conocer sin detenerse mucho á reflexionar, que ni lo uno ni lo otro puede jamás fomentar la verdadera estimacion ni la verdad, ni puede por consiguiente contribuir á labrar la felicidad de los hijos.

En el tomo I, §. LIV, hemos tratado ya en general del impulso de *sociabilidad*, como medio de educacion; pero no de su cultivo, que siendo de suma importancia, merece que nos ocupemos de él en este lugar con alguna extension. Entonces dijimos: el niño no quiere estar solo, aun cuando no tenga un interés particular en la presencia de tal ó cual persona; le agrada sin embargo la compañía, y tal vez tiene miedo sino ve á nadie en su derredor. — De este impulso pueden nacer dirigiéndolo hábilmente las virtudes simpáticas conocidas con los nombres de *complacencia*, *espíritu público* ó *amor patrio* y *emulacion*; pero de lo contrario, la *inconstancia*, el *deseo inmoderado de diversiones*, la *propension á la charlatanería*, etc. El educador por consiguiente debe promover ó moderar el desarrollo de este impulso, segun la necesidad lo exija, si ha de conseguir el fin, que es la hermosa sociabilidad.

En general se puede decir que es un absurdo impedir á los niños el trato con sus iguales sin una verdadera necesidad; porque siempre estos, si tienen alguna educacion, son una compañía mejor para aquellos que la de personas mayores. Es un error creer que con el aislamiento ó incomunicacion con otros niños se

puede evitar todo influjo sobre el desarrollo de los hijos. Las malas costumbres entran hasta por las rendijas de las puertas en semejante cuarentena, si podemos expresarnos así, y tanto mas fácilmente, cuanto que entonces vienen revestidas con cierto carácter de novedad que las hermosea en la fantasía del niño (1). He aquí porqué no es nada raro que muchos jóvenes de una educacion esmerada se pierdan con tanta facilidad al entrar en el mundo, ó bien que sean ineptos para los negocios de la vida y bruscos en su trato. Por el contrario, el descuido en la eleccion de personas con quienes se deba tratar el niño y principalmente de aquellas con quienes mas frecuente se acompaña, acarrea en pos de sí las mas funestas consecuencias. Semejante al tejido de Penelope, las malas compañías hacen inútiles los esfuerzos de la educacion, y á veces hasta imposible toda ilustracion ulterior. De lo expuesto se infiere naturalmente, que si bien se debe permitir á los niños que traten con sus iguales, es indispensable elegir la mejor compañía posible, y no descuidar nunca la continua vigilancia é inspeccion que en todo caso son necesarias. Las relaciones momentáneas con niños mal educados no pueden causar un gran

(1) El niño debe ser educado de tal manera, que si bien pueda tratar con todos los hombres, busque sin embargo de su propia voluntad solo el trato con los buenos. Por esto es necesario proporcionarle ocasion de tratarse con muchos, haciéndole empero mas apetecible la sociedad con niños bien educados por los atractivos y amenidades que se le añadan.

daño, y antes bien ofrecen una utilidad positiva, siempre que el educador sepa sacar de ellas el partido á que por lo comun dan lugar, dirigiendo convenientemente la impresion que hubieren causado. De todos modos, siempre es mas apetecible y provechosa cierta ingenuidad en este concepto, que la pedantería; pero en todo caso es necesario precaver que degeneren el impulso que nos ocupa en una pasion de estar de continuo en sociedad, de suerte que no le sea posible al educando dedicarse á trabajo alguno careciendo de compañía, ni estar contento cuando se halla solo aun por muy poco tiempo. Ahora, lo que no siempre es dado exigir, es que pueda trabajar estando solo, así como el que no dependa absolutamente su diversion de la compañía de otras personas.

Se debe además cuidar con mucha especialidad que no se formen entre los educandos sociedades fijas que, si bien pueden tener un fin lícito, se sustraigan sin embargo de la inspeccion del pedagogo; porque degenerarán muy luego antes de poderlo prever, y el influjo de este quedará neutralizado por el de la compañía. Por otra parte, si estas asociaciones tienen al mismo tiempo el objeto de imitar las que tienen lugar entre las personas mayores, los niños habrán ya dado un paso demasiado prematuro en una clase de relaciones sociales que de ningun modo conviene á su edad, y que merece además ser reprobado por otras muchas razones; los juegos de lotería, las sociedades de baile, las reuniones en el café, en la fonda, etc. etc. entran en el número de las que deben evitarse.

Todas estas creaciones del lujo y del capricho debieran cuando menos reservarse para mas adelante, para la edad en que tanto el espíritu como el cuerpo del hombre han adquirido el grado de robustez y vigor convenientes para poder resistir sin gran trabajo á irritaciones sensuales.

La cultura del impulso de *emulacion* es de gran importancia como medio de educacion; pero el fin de su desarrollo no debe limitarse á esta ó esotra clase de personas, sino que debe extenderse á toda la sociedad, para que así pueda llegar á formarse lo que conocemos con el nombre de *espíritu público*, en el cual estriba el *amor patrio* en último término. El procedimiento práctico para promover su desarrollo y darle la direccion conveniente, es sumamente sencillo. Si el que educa cuida de no alabar al individuo nunca por esta ó esotra accion digna de alabanza, y sí á la sociedad en general por quien se ha ejecutado, y si hace además conocer al educando que ni este ni aquel individuo, por muy buenas y provechosas que hayan sido sus acciones, son nunca los únicos dignos de una recompensa continua, sino que todos y cada uno de los asociados la merecen alternativamente, no será difícil conseguir el fin apetecido. Tambien se puede fomentar el espíritu público exigiendo de cada uno de los niños asociados el número y clase de servicios que sean proporcionados á sus fuerzas. En una palabra: el fin de toda asociacion no debe ser otro que el placer ó felicidad del comun, y de ninguna manera la satisfaccion ó el capricho del indi-

viduo; lo mismo en el juego que en todas las demás reuniones, nunca puede ser otro el blanco, no debiendo por lo tanto entrar en cuenta el puesto que ocupa el individuo, siempre que salga bien el todo. En estas reuniones es donde principalmente debe acostumbrarse el niño á deferir á la voluntad de otras personas; la obediencia se aprende en el juego mejor que en los libros. Los que suelen descomponer los juegos con sus caprichos, no es difícil que despues sean egoistas por toda su vida. Las mismas burlas y pequeñas injusticias que por lo comun tienen lugar en ellos, producen la ventaja de oponerse á una sensibilidad extremada, y de endurecer además el cuerpo contra molestias futuras. Esto se puede conseguir con cierto grado de educacion pública. No es necesario añadir que se debe cuidar que la sociabilidad no degenera en charlatanería, sino que los niños deben aprender á callar cuando no ocurre cosa que merezca la pena de ser comunicada. Tambien deben aprender desde temprano á guardar un secreto, sin que por esto se entienda que el niño sea jamás confidente de los secretos de personas mayores.

Lo mismo que con el impulso de *sociabilidad*, sucede tambien con el de *imitacion*; se le debe cultivar mas como medio de educacion, que por su naturaleza propia. Y esto es tanto mas necesario, quanto que sin él no podria apropiarse el niño el modo de obrar de los mayores, y ni aprovecharse por consiguiente de las experiencias de estos. La educacion no intencional, que fué la única que estuvo en uso en

los tiempos antiguos, se puede decir que casi toda ella estribaba sobre este impulso natural, el cual con el cultivo viene á constituirse en un impulso de *sujecion*, pues por mas que á él se oponga la tendencia á la independendencia, casi nunca puede el hombre prescindir de someterse al que reconoce mas perfecto, y muy principalmente al mas fuerte, y está pronto á seguirle. Y no se crea que esto es un resultado de la prudencia, sino de una inclinacion inmediata. He aquí la razon de la gran afinidad que existe entre la *obediencia* y el impulso de *imitacion*. En un caso se sigue el ejemplo, esto es, se imita la accion del hombre perfecto; en otro la idea de una accion comunicada por el mismo. Si la representacion del fin á que se aspira por medio de la imitacion es muy viva, resulta la *emulacion*, tendencia de las mas nobles, siempre que su fin sea moral. Por el contrario, el impulso de imitacion puede degenerar en un mero remedo, si se limita á observar lo que no es esencial en un ejemplo, sin cuidarse de lo principal. Por esto es que el pedagogo tiene el mas estricto deber de proponer á la vista del educando tan solo buenos ejemplos, al paso que de alejar todos los malos; y claro es que en esto será naturalmente mucho mas ventajoso que su propio ejemplo sea el mas ejemplar, ó cuando menos si lo hace aparecer así. Además, tambien se debe procurar con sumo esmero sustraer la atencion del educando de los defectos de todas aquellas personas cuyo trato no se puede evitar, ó si esto no fuere posible, hacerlos ver bajo cierto punto de vista que no inciten á la imitacion.

Asimismo es necesario presentar ejemplos ideales, pero nunca fantásticos, y no muchos á la vez, si se quiere que la variedad no desfigure la exactitud. Los ejemplos del vulgo, así como los de aquellos compañeros que pueden considerarse por malos, se los debe mirar con desprecio, cuidando siempre de recomendar que el niño solo es digno de distincion por su mejor comportamiento. Estas exhortaciones empero deben ser hechas de manera que no fomenten el orgullo en ningun caso, lo que no es tan difícil. Al designar el educador los ejemplos normales, ha de procurar constantemente observar una estimacion rigurosa del valor respectivo de sus cualidades, y nunca proponga como imitable una accion cuya moralidad sea dudosa ó reprehensible. Alabarse de lances ligeros é ilegales, así como descubrir las flaquezas de hombres distinguidos, son pecados pedagógicos muy comunes en verdad, pero no menos reprehensibles por eso.

Por último: es necesario precaver la degeneracion de este impulso en el deseo de remedar enteramente las acciones; los mismos niños no pueden sufrir un vicio semejante en los demás; es, pues, un deber del pedagogo reprimir semejante vicio en vez de estimularlo con su risa ó con un imprudente aplauso, como suele suceder. Este impulso debiera dirigirse con mas empeño que en la actualidad hácia habilidades técnicas, aun cuando no sirviesen precisamente para la carrera futura que hubiera de seguir el educando. Hay en efecto muchísimos niños incapaces de por sí de imitar cualquiera habilidad que ven en otros, porque el impulso de imita-

cion no ha influido en su don de observacion. A estos será muy conveniente no ayudarles mucho en cosas mecánicas, para que ellos mismos aprendan por necesidad á vencer las primeras dificultades, cuidando despues de la habilidad hasta que nazca y se asocie á ella la inclinacion.

Así como hemos visto que el impulso de que acabamos de hablar permite á los educadores ejercer un gran influjo sobre el hombre niño valiéndose de él como un medio importante de educacion, lo mismo sucede con el impulso de *honor*, el cual consiste en un vehemente deseo de aprobacion y reconocimiento de ciertas personas, ó bien de todas las que rodean al niño. Es uno de los móviles mas vigorosos de las acciones humanas, y su energía es mayor en la edad viril que en la infancia. Mas como en todas épocas puede conducir por esta razon lo mismo á ejecutar lo mas noble que lo peor, y como que además está sujeto en el curso de la vida á infinitas variaciones, necesita ser tratado con sumo esmero por parte del que educa.

En un principio no debe haber para el niño otro público que la familia en cuyo seno vive; en ella es necesario cultivar su impulso de honor de manera, que mas tarde, cuando haya llegado la época de entrar en el mundo, esté ya bien cimentado el fundamento de las virtudes de un noble orgullo, la conservacion de la reputacion y de una noble ambicion, y sordo á ciertos achaques morales, como son la vana ambicion, el deseo de gloria y la dependencia del juicio del mundo.

Al cultivo de este impulso debe reunirse el

sentimiento moral, tan luego como este se haya desarrollado para poder distinguir el bien del mal; debe buscarse además el aplauso de otros por las buenas acciones, y evitarse su desaprobacion. Pero al principio el juicio de individuos es solamente el que debe importar al niño, no el del vulgo, teniendo siempre cuidado desde luego de dar todo el valor que se merece al de personas moralmente ilustradas, y principalmente al de sus maestros, para que así pueda sobreponerse lo suficiente al de las demás que puedan rodearle con mas ó menos frecuencia. El sentimiento de honor será tanto mas delicado, cuanto menos expresamente se manifieste aprobar los actos del niño. Prodigar de continuo alabanzas, así como el trato deferente y respetuoso por parte de los dependientes de padres ricos para con sus hijos, no conducen mas que á viciar la naturaleza del sentimiento. Si esto no es una consecuencia inevitable de la etiqueta generalmente admitida y por lo mismo insignificante, el niño se atribuirá muy luego lo que cuando mas corresponde exclusivamente á sus padres, y pretenderá siempre que se le distinga como se hizo en ciertas circunstancias. El medio mas eficaz de infundir en los niños el sentimiento de pretensiones absurdas, es dar á entender los padres que los honores que se hacen á sus hijos los consideran como hechos á sus propias personas. Respecto á este particular tan solo es tolerable una traslacion á los hijos del honor de clase, no solo porque casi siempre es probable que en esto no habrá variacion durante la vida del educando, sino tambien porque esta distincion re-

salta á la vista mas que la que se funda meramente en la riqueza, y porque impone además al que nació en ella ciertos deberes y restricciones.

En general se puede decir que el impulso de honor ha tomado una direccion decididamente viciosa, siempre que se pretende el reconocimiento de todas las personas aun por las preferencias mas insignificantes y hasta imaginarias á que pueda hacerse acreedor el niño, y tambien cuando trata con desprecio á todas aquellas que no ceden á sus pretensiones. Triste es en verdad decir que á esto dan lugar, ó cuando menos cooperan los padres por desgracia. ¿No se llama por ventura la atencion del niño hácia el lujo y la elegancia de los vestidos? ¿No se da mas valor á un coche, á la riqueza, á un título que tal vez nunca adquirirá, que á la honradez, á la beneficencia, á la buena reputacion, cosas todas á que debiera aspirar, y que con tanta facilidad podria conseguir? De intento no se podria obrar mas á propósito muchas veces para hacer á los niños altaneros y soberbios, como se hace sin intencion, por mas que á renglon seguido se hable de la caridad cristiana y se recomienda el amor del prójimo. En esto existen una multitud de preocupaciones que se oponen á la buena educacion, que impiden al mas hábil pedagogo dirigir rectamente á su educando; porque la fuerza moral de todos los demás que cooperan á la educacion ejerce siempre una influencia demasiado fuerte, para que un hombre solo pueda contrarestarla. Frecuentemente se ve que es imposible educar sin vanidad á una niña guapa,

ó á un niño de talento , porque todo el mundo se cree obligado y con derecho á decirles lo que el educador jamás debiera hacerles entender. Aun en las mismas escuelas no se puede prescindir de ciertas instituciones que aumentan demasiado y vician el impulso de honor , porque habiendo siempre en ellas individuos mas ó menos apáticos , se ven en la necesidad de echar mano para excitarlo en los unos de medios fuertes , cosa que no pueden sufrir sin un gran perjuicio del mismo sentimiento los de una organizacion mas delicada. He aquí una razon mas que indica la necesidad de establecer diferentes secciones en las escuelas con arreglo á las diversas cualidades de los discípulos , reuniendo en cada una tan solo lo mas igual , desterrando el absurdo de mezclar indistintamente niños de todas las clases de la sociedad.

El dominio de la moda nos manifiesta que puede haber altanería y ambicion con una dependencia del juicio ; por eso es que debiera preservarse de ella tambien á la juventud por todo el tiempo que fuese posible. Porque si no , una vez excitado el impulso de honor por ella , aspira con vehemencia á esta distincion , la mas ridícula de todas por cierto , con lo que se olvida de tender su vista á fines mas nobles y sublimes. Es propio de la juventud estimar en mas de lo justo el aplauso y la admiracion , y por eso vemos constantemente que los niños y jóvenes por su propio gusto se abstienen muchas veces de cometer ciertas acciones , de incurrir en ciertos vicios por temor de caer en el desprecio de otros , mas bien que por la bondad ó malicia

efectivas de las mismas. Por eso es tan indispensable desviar á los jóvenes de esta direccion, lo cual es sumamente fácil, siempre que se los procure acostumbrar á anteponer el verdadero honor al imaginario.

Mas para esto es absolutamente necesario cultivar el impulso de independencia, tanto con respecto á los sentimientos sugetivos, como al juicio de los demás; pues si bien es cierto que en muchas circunstancias opone un fuerte obstáculo á la educacion, tambien lo es que no puede terminarse esta hasta tanto que haya llegado á adquirir dicho impulso el grado de desarrollo indispensable para que pueda obrar de por sí el individuo. En efecto, nosotros educamos al hombre joven hasta que su independencia es tal, que no necesita direccion; cuanto mas enérgico, pues, sea este impulso, tanto mas pronto terminará necesariamente la educacion, si bien no podremos asegurar el resultado. Sin embargo, está demostrado por una larga y constante experiencia, que el desarrollo prematuro del mencionado impulso vicia con mas frecuencia la moralidad que el tardío. De suerte que, únicamente en el caso de haberlo debilitado extraordinariamente por un tratamiento despótico, podria acarrear la continuacion de la educacion la negacion de la voluntad propia por toda la vida del educando.

El impulso de *independencia* es muy débil en la infancia; el niño siente demasiado su ineptitud, para no sujetarse á una voluntad mas fuerte. He aquí, pues, la base de la obediencia, ó sea la costumbre de someter la voluntad pro-

pia á la de otra persona que tiene el derecho de mandar; y es indudable que los niños se habitarían á ella sin resistencia, sino se alimentaría tan temprano el impulso que nos ocupa con las medidas equivocadas que frecuentemente se emplean. Este defecto de educacion se manifiesta como *capricho* en su principio, y se origina por lo comun de la imprudente ternura de los padres y demás personas que rodean al infante. Por eso se puede muy bien asegurar que no habria hijos caprichosos, sino hubiera padres imprudentes; porque, á la verdad, no habria ningun atractivo para el capricho, si en todo caso se hiciera valer la voluntad razonable contra la irracional del niño con hechos y pocas palabras.

Mas, donde una vez se ha manifestado este defecto, preciso es tomar las medidas convenientes para combatirlo, á fin de evitar su crecimiento hasta la desobediencia. Estas, pues, se reducen á lo que acabamos de indicar, esto es, á hechos vigorosos y pocas palabras: un corto número de preceptos, pero una ejecucion consecuente; no hay necesidad de castigos fuertes; estos, por el contrario, podrian acarrear tan solo una sujecion aparente contraria á la voluntad del educando, que mas tarde podria convertirse en terquedad y en odio y deseo de venganza contra sus directores. Desde el momento en que se establece como principio inconcuso que el niño debe obedecer los preceptos de sus padres ó educadores sin réplica alguna, este obedecerá aunque sea caprichoso; pero si así no lo hiciere, hágase de modo que su falta de obe-

diencia vaya seguida de una pena sensible, que sin aparecer como castigo, sino como una consecuencia inmediata de su desobediencia, sea para él una experiencia dura cada falta de esta naturaleza. Esto no quiere decir en manera alguna que el educador revoque en ningun caso la orden una vez dada, y que el educando celebre el triunfo de haber quedado con la razon de su parte; solo sí que se suspende el cumplimiento del precepto, el cual será renovado sin embargo cada vez que se presente el caso. Si el pedagogo opone á la terquedad del niño su inflexibilidad mas circunspecta, aquella cederá; no obstante, siempre es bueno no dejar llegar las cosas hasta tal grado de porfia, sino proceder previamente de manera que, haciendo el último su voluntad, siga la del primero.

Este tratamiento preventivo está reducido á restablecer el equilibrio por medio de atractivos que se agregan á la ejecucion ú omision de actos, á los cuales se cree que el niño tiene una decidida aversion; pero siempre se ha de procurar que los estímulos sean nobles, para que semejante procedimiento no tenga ni el mas ligero viso de seduccion ó soborno; porque si el educando nota que se pretende hacerle aparecer agradable una cosa cualquiera, es muy natural que la mire como un asunto de comercio, y subirá el precio segun el empeño. Por esto es preciso evitar que note ni aun lo mas mínimo, lo que no es muy difícil con tal que el educador se valga tan solo de atractivos para el espíritu, sin hablar mucho sobre ello en ningun caso.

Pero hay mas, el capricho no solo se opone